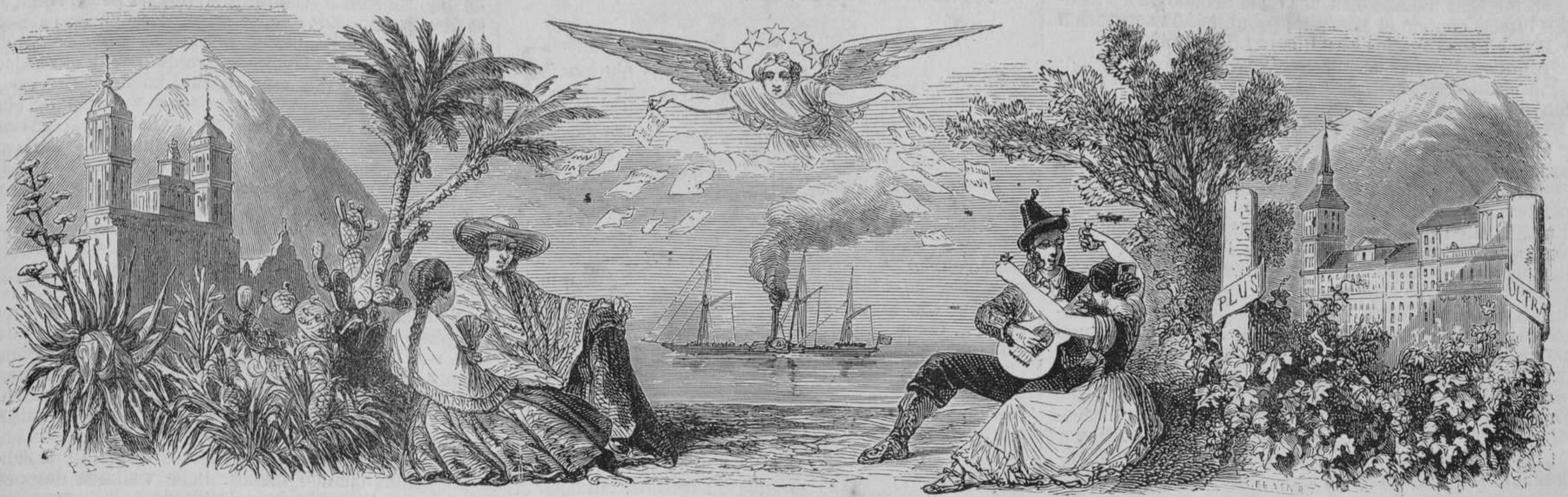


EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1861. — TOMO XVII.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 20. — N° 430.

Administración general, passage Saulnier, núm. 4, en Paris.

SUMARIO.

El presidente y el vicepresidente de la confederación del Sur; grabados. — El general Sidi-Kiar-Eddin; grabado. — El marqués Topputti; grabado. — Impresiones y recuerdos. — Los ojos negros. — Revista de Paris; grabados. — El convento de Canobin y los cedros del Líbano; grabados. — La guerra literaria. — En un baile. — Costumbres orientales. — Trirremo romano construido según las instrucciones del emperador Napoleón III; grabado. — Historia de las modas en Francia desde hace un siglo; grabados. — Una historia inglesa. — El nuevo puente del Rhin; grabado. — Reproducción artificial de los animales acuáticos; grabados. — Los aventureros. — Revista de la moda. — El mes de abril; grabado.

El presidente y el vicepresidente

DE LA CONFEDERACION DEL SUR.

Pocas biografías hay tan interesantes como la de M. Jefferson Davis, el presidente de la confederación del



JEFFERSON DAVIS,
presidente de la confederación del Sur.

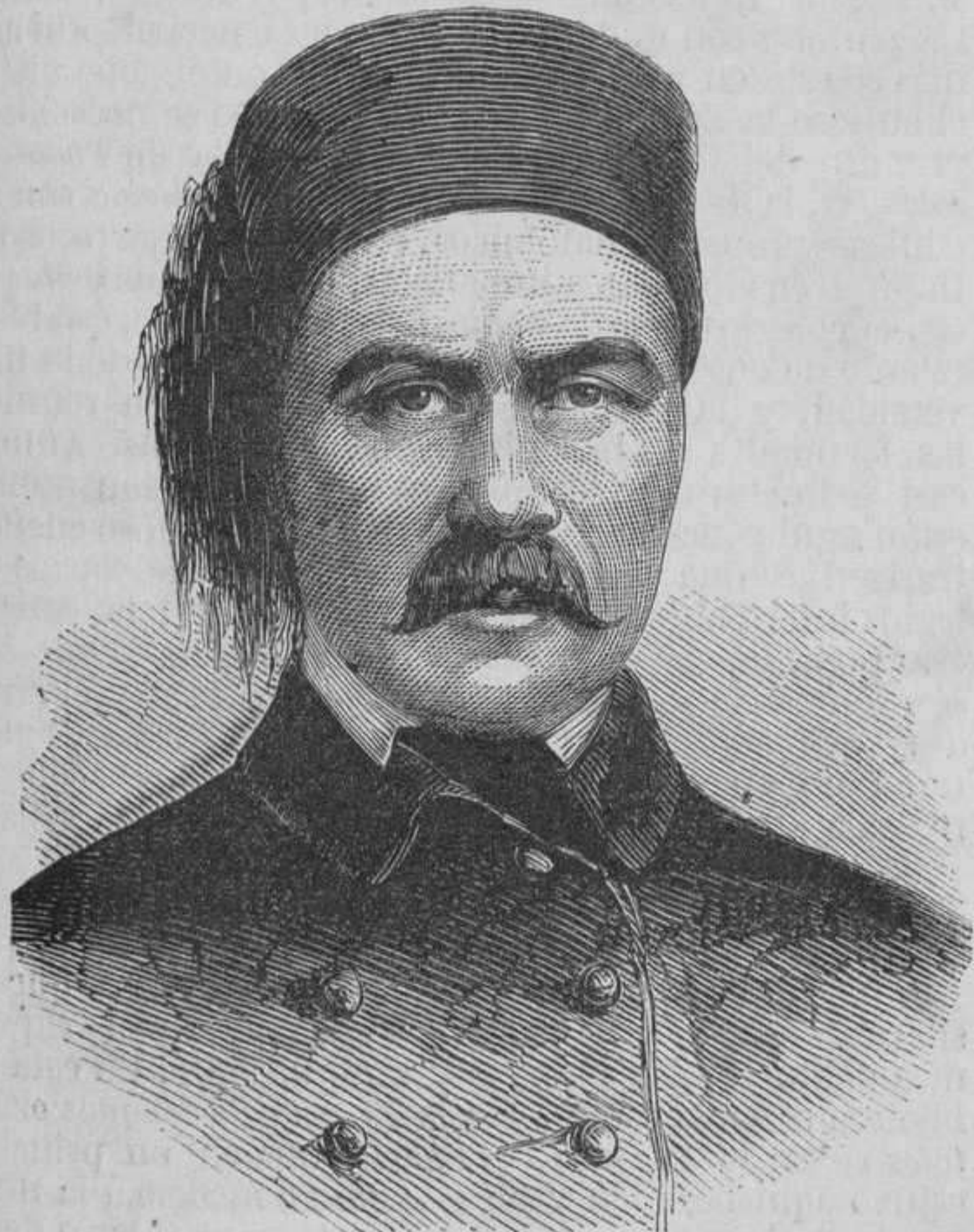
como necesario para completar los cuadros de las tropas federales.

En aquella época le ocurrió un incidente novelesco. Por una de esas atracciones de que se ven ejemplos re-

petidos, el famoso jefe indio Black Hawk (*Halcon Negro*), el enemigo fanático y encarnizado de los americanos, cayó prisionero y entabló amistad con M. Davis. « Los valientes deben ser amigos, le dijo; si me tiendes la mano te prometo renunciar al odio que tengo á tu país, en favor de la admiración que me mereces. » El joven teniente alargó aquella mano que le pedían, y selló un pacto de amistad que solo ha roto la muerte del *Halcon Negro*.

En 1835 M. Davis dejó el ejército y se estableció en una hacienda del Mississippi, donde al paso que se consagraba al desarrollo del cultivo del algodón, se entregó con ardor á los estudios científicos, económicos y políticos. Se creía llamado á un porvenir brillante, y sus previsiones no le han engañado.

En 1845 principió una excursión electoral en favor de la candidatura de M. Polk para la presidencia de los Estados Unidos. El orador se hizo notar por el encanto de su palabra y por la madurez de su talento, y así fué que sus conciudadanos le enviaron al Congreso. M. Davis se había casado hacia algunos años con la hija de Taylor, su antiguo coronel, á cuyas órdenes debía encontrarse aun cuando la guerra de Méjico.



EL GENERAL SIDI-KIAR-EDDIN,
ministro de marina en Tunez.



ALEJANDRO STEPHENS,
vicepresidente.



EL MARQUÉS TOPPUTTI,
general de la guardia nacional de Nápoles.

Sur. — M. Davis nació en el Kentucky en 1806, y muy niño aun siguió á su padre que iba á habitar el Mississippi, entonces simple territorio. Allí fué donde hizo sus primeros estudios. En 1822 el presidente Monroe dió entrada al joven en la Escuela militar de West-Point, de donde salió cuatro años despues con el empleo de subteniente del ejército americano.

El nuevo oficial quiso entrar en activo servicio, y fué enviado al Oeste á las órdenes del coronel Z. Taylor, que fué despues general y presidente de los Estados Unidos.

M. Davis se distinguió tanto en las escaramuzas cotidianas contra los indios, que tuvo un ascenso cuando se formó un nuevo regimiento de dragones considerado

Efectivamente, al estallar la guerra de 1846, el miembro del Congreso dió su dimisión para ir á ponerse á la cabeza de los carabineros voluntarios del Mississippi. Asistió á las acciones de Monterey y de Buenavista, donde gracias á su ardor, que supo comunicar á los pocos hombres que mandaba, se salvó dos veces el ejército americano, empeñado, como es sabido, en las posiciones mas comprometidas. En la acción salió herido.

En 1848 quedó vacante un puesto en el Senado por la muerte del general Speight, y M. Davis fué elegido para llenarle, siendo confirmado en esta alta posición en 1850 por un término de seis años.

No obstante, en 1851 dió su dimisión para presentarse

como candidato al puesto de gobernador de su Estado. Derrotado por M. Foote, volvió de nuevo á la vida privada, hasta que el presidente Pierce le eligió en 1853 como secretario de la Guerra.

M. Davis se hallaba otra vez en el Senado de los Estados Unidos cuando el Mississippi pronunció la separación y llamó á sus consejos á su ilustre hijo adoptivo.

Algunas semanas despues, el Congreso de Montgomery le aclamaba como presidente de la confederación del Sur.

Personalmente, M. Davis es un hombre de aire grave y afable á la vez, y posee todas las cualidades físicas y sociales que agradan en el mundo. Como orador, su voz es clara, su dición ardiente, su ademán sobrio; en una palabra, parece haber salido de esa gran escuela de la diplomacia europea, cuyos representantes reúnen á la experiencia el atractivo de la distinción exterior.

Alejandro H. Stephens, vicepresidente de la Confederación del Sur, nació en Georgia el 11 de febrero de 1812. Su juventud fué pobre y debió su educación á la generosidad de algunos amigos. En 1834 se presentó como abogado en el foro de la Georgia, y dió inmediatamente pruebas de talento que despues le han dado la consideración del « hombre mas hábil del Sur. » En 1843 fué elegido al Congreso como whig; pero cuando la disolución de este partido, se unió á los demócratas del Sur, y en breve llegó á ser un jefe en el Congreso, manteniéndose en esta posición hasta las elecciones de 1848, época en que no quiso aceptar la candidatura, y se retiró por entonces de la vida pública.

M. Stephens es un ejemplo vivo de lo que un hombre puede hacer á fuerza de energía. Toda su vida ha estado enfermo; su magrura es tal, que nunca ha pesado mas de 96 libras; su voz es chillona y desagradable al oído; pero su elocuencia es tan segura, tan práctica y sus juicios tan acertados, que por do quiera que se presenta es reconocido como jefe.

EL GENERAL SIDI-KIAR-EDDIN.

El general Sidi-Kiar-Eddin, ministro de Marina de S. A. el bey de Tunes, cuyo retrato damos, ha conseguido á fuerza de voluntad y de talento, vencer las antiguas preocupaciones musulmanas y hacer prevalecer en su país las ideas de civilización y de reforma. Ha sido uno de los promovedores de la constitución liberal y de la redacción de los códigos que S. A. el bey acaba de acordar á su pueblo; la organización de los altos cuerpos del Estado, de los tribunales, de los municipios, de las obras públicas y de la prensa son otras tantas mejoras cuya iniciativa puede reclamar en gran parte el general Sidi-Kiar-Eddin.

EL MARQUES TOPPUTTI, GENERAL EN JEFE DE LA GUARDIA NACIONAL DE NAPOLES.

Damos por último en la primera página de este número el retrato del marqués Topputti, general en jefe de la guardia nacional de Nápoles, hombre celoso é inteligente cual ninguno, que diariamente merece grandes elogios á la prensa italiana por sus incansables y acertados esfuerzos para mantener en estos tiempos difíciles la calma y la tranquilidad en los ánimos de los habitantes de la ciudad de Nápoles. X.

Impresiones y recuerdos.

UN PASEO POR PARIS.

Con tantas demoliciones como se están haciendo en Paris por todas partes desde principios del actual reinado, derribando en un santiamén calles y barriadas enteras y reemplazándolas como por ensalmo con otras mucho mas espaciosas, limpias y ventiladas, Paris presenta hoy en muchos puntos el desconsolador aspecto de una ciudad entrada á saco. Para no afligirse á la vista de tantas ruinas, necesita uno hacerse la reflexión de que aquí, á diferencia de lo que suele suceder en Madrid, la destrucción no es un fin, sino un medio necesario para luego reedificar mejorando. — Montones de escombros, rimeros de puertas y ventanas hacinadas para su venta á granel, casas cortadas horizontal ó verticalmente, como las que se representan en los planos de los arquitectos y que, á modo de cadáveres abiertos en un anfiteatro de disección, enseñan tristemente al transeunte el profanado interior de sus entrañas; carros que van y vienen, llevándose ó trayendo materiales, pero no carros vulgares como los nuestros, sino muy dignos de estudio por su sabia construcción que varia segun el objeto, pues el acarreo es aquí toda una ciencia, y no se cifra únicamente en redoblar, cuando ocurre un apuro, los reniegos y los latigazos; — paredones que se desploman con sordo estruendo al empuje de millares de operarios entre densas nubes de polvo, hé aquí lo que en estas calles se encuentra á cada paso: así va desapareciendo ó mas bien transformándose por completo el viejo Paris. Indudablemente gana en el cambio: ya son rarísimas aquí aquellas estrechas, tortuosas y sucias calles que antes serpeaban como negros reptiles al rededor del Louvre y de los mercados, y en las afueras del arrabal Saint-Denis. En su lugar, como igualmente en una porción de terrenos antes despoblados, se va levantando á vista de ojos una ciudad nueva, verdaderamente magnífica, que se extiende mas allá del Arco de Triunfo de la Estrella y que nadie sabe dónde parará... ¿Y porqué ha de parar? Dios hizo la buena tierra para ser pobla-

da, y esta de Paris no puede ser mejor: nada le falta. Lo singular es que por todas partes no se levantan mas que palacios. No se comprende dónde vivirán de aquí á un siglo los pobres. Puede que para entonces no los haya, — á lo menos dentro de Paris.

* *

En esta grande obra de transformación, algunos barrios han perdido enteramente y otros van camino de perder su antigua fisonomía. Entre estos el *barrio latino*, perforado en todas direcciones y cubierto de derribos, casi no recuerda ya lo que era en mis alegres tiempos de estudiante; y aunque se me moteje de añadir un comentario mas, tan inútil como todos, al *laudator temporis acti* de Horacio, diré que lo lamento de veras. A vueltas de muchas ventajas, comparativamente con su estado actual, tenía entonces este barrio mas carácter, mas poesía. ¿O tal vez esa poesía retrospectiva que le atribuyo no estaba entonces en él, sino en mis pocos años?... Como quiera, entiendo que no solo en lo material sino en lo moral también ha variado y perdido algo en el cambio. Aquella entusiasta y turbulenta juventud que poblaba sus escuelas por los años de 1830 al 35 y daba tanto que hacer á la policía del buen rey Luis Felipe, valia mas, me parece, con todos sus defectos, que la actual juventud, tan escéptica, tan desengañada, tan indiferente á la cosa pública, en la apariencia á lo menos, tan desdenosa de la libertad política, tan dócil al yugo... siquiera el prestigio de la gloria militar y todo linaje de prosperidades materiales le hagan hoy muy llevadero. En cuanto á las costumbres de una y otra juventud, discurro que allá se irán, pero acaso la de mi tiempo ponía mas amor en la poesía, y mas poesía en el amor. Había entonces mas candor, mas fe en la mujer y en el arte, mas ilusiones si se quiere... — Cierto que no eran nada ejemplares las costumbres estudiantiles de mi tiempo: los amores fáciles tan alegremente cantados por Beranger; los llamados casamientos en el XIII distrito (Paris no contaba entonces legalmente mas que doce, número que en el día se ha elevado á veinte, con la incorporación de varios pueblecitos inmediatos, Passy, Neuilly, Auteuil, etc.) eran demasiado frecuentes entre estudiantes y grisetas; pero hoy, en medio de iguales desórdenes ó mayores, se me figura que hay menos calor y mas erápula. Hasta el gracioso tipo de la *griseta*, siempre pobre, alegre y enamorada, ha desaparecido ante la brutal invasión de las loretas, las *biches*, las bailarinas del *cancan*, groseramente interesadas, calculadoras y avaras como usureros, insensibles como el mármol, y cuyos grandes atractivos consisten en un lenguaje prodigiosamente cínico, en fumar y beber mas que los hombres y en levantar la punta del pié, cuando bailan, hasta las narices del que las mira, por muy buen mozo que sea.

Para no citar mas que un incidente, antes no se conocían en la orilla izquierda del Sena esos repugnantes *caboulots*, término medio entre la taberna y el lupanar, donde la prostitución no se disfraza, sino que campea insolente, asociada al comercio de licores, — ¡un veneno asociado á otro veneno! — En una palabra, creo que el barrio de los estudiantes, — el *país latino*, como todavía se le llama, — ganando mucho en aseo, se ha hecho menos simpático al perder su antigua fisonomía. Sus costumbres se van *encanallando* un poco, segun la enérgica expresión francesa.

* *

Creo también que este es el barrio de Paris donde se encuentran en mayor número jóvenes de ambos sexos emancipados antes de tiempo y viviendo por su propia cuenta en completa libertad. — Por regla general, los vínculos de familia me parecen aquí un poco relajados, comparativamente con lo que pasa en nuestro país, — culpa en parte de los padres, pero mas aun de ese impaciente afán de independencia que devora á la juventud parisiense: esta es la causa de tantas precoces emancipaciones como revela el prodigioso número de *chambres garnies* y de *appartements de garçon* que se encuentran aquí en todos los barrios y señaladamente en el latino. No creo que en ningún país del mundo haya tantos hijos de familia separados de la suya, y campando por su respeto en cuanto les apunta el bozo, ni tantas jóvenes solteras, menores de veinte años, solas ó con una amiga en pobres cuartuchos, viviendo mas ó menos honradamente de su trabajo. Solo entre las *modelas*, industria muy resbaladiza, muy equívoca, se cuentan en este barrio y en el de Breda, las muchachas emancipadas de diez y seis años, á centenares. En ninguna parte creo que haya tampoco mayor número que aquí de mujeres casadas (*artistas* en su mayor parte, cómicas, bailarinas, figurantas, maestras de música, pintoras, etc.), que se ganan su vida con su trabajo, separadas de sus maridos, mas que por amor al vicio, por efecto de una irresistible sed de libertad. Por eso en las calles, en los museos y en las bibliotecas, en las fondas y en todas partes se encuentran tantas mujeres *solas*, sin contar las infelices que por su triste oficio están condenadas á ir solas en público, cuando no vergonzosamente acompañadas... ¿Necesito decir cuáles son las fatales consecuencias de aquella libertad excesiva para las buenas ó mas bien para las malas costumbres?...

* *

Voy á indicar aquí rápidamente lo que á cualquier amigo forastero que me consultase sobre el útil empleo

de su tiempo en esta capital, durante quince días ó un mes (muchos no vienen aquí por mas larga temporada), aconsejarla yo que viesse con preferencia; deteniéndose mas por supuesto allí donde su afición ó la índole de sus estudios le hiciese encontrar mayor interés, y tomando de todo sobre el terreno mismo (*sur les lieux*, como aquí se dice) las noticias que se encuentran en los catálogos, si se trata de bibliotecas, museos, archivos, etc., y en cualquier *Manual* acreditado, tratándose de otros objetos de estudio ó de mera curiosidad. Lo demás, — esto es, leerse de cabo á rabo una relación circunstanciada de todo lo bueno que hay en Paris, es llenarse la cabeza de viento, cuando no de jaqueca; leer una descripción muy somera, no sirve de nada. Tanto vale una simple lista de cosas notables, — de cosas que ningún extranjero culto puede prescindir de visitar, — y allá va esta por si puede servir de algo á mis lectores.

* *

Naturalmente empiezo por suponer en el lector mis propios gustos. Lo primero hay que visitar el Louvre, con sus galerías de pintura y escultura, sus museos egipcio, asirio, etrusco, de antigüedades americanas, argelino, de la edad media (colección Sauvageot), de dibujos originales, de estampas, etc., etc.; ¡un mundo! No para estudiar, sino solo para ver con algun provecho ese tesoro arqueológico y artístico se necesitan de ocho á diez visitas cuando menos. Debe visitarse despues el museo del Luxemburgo, destinado á las obras de los artistas franceses que aun viven, adquiridas por el gobierno. — De paso que se va al Luxemburgo, sería pecado de omisión combinada con pereza y un poco de necedad, no visitar también el museo de Cluny y lo poco que aun subsiste de las antiguas termas de Juliano, como igualmente no alargarse hasta el Panteón (iglesia de Santa Genoveva) que es una imitación del San Pedro de Roma. Pecado sería también, estando en la plaza del Panteón, no entrar en la nueva *Biblioteca Santa Genoveva*, edificio modelo construido hace pocos años en el solar del antiguo colegio de Monteagudo. Esta biblioteca, puesta hoy á cargo del distinguido escritor M. Fernando Denis, sincero amigo de España y muy conocedor de nuestra literatura y de la portuguesa, es riquísima de excelentes *incunables* del siglo XV, justamente ponderados por Dibdin en su *Viaje bibliográfico*: posee además una numerosa colección de Aldos y Elzevires, multitud de códices adornados con primorosas miniaturas, y, como objetos particularmente interesantes para nosotros los españoles, una *Propaladia*, hermoso ejemplar de la edición de Amberes, sin fecha, (1550, segun Brunet) y un *Cancionero* de 1557 perfectamente conservado.

En la plaza del Panteón se tiene delante (esquina á la calle de Clodoveo, *Clovis*) la preciosa iglesia de *Saint-Etienne-du-Mont*, notable por su curiosísimo *jubé* y por su venerando sepulcro de Santa Genoveva, fecundo en milagrosas curaciones, — y á muy corta distancia la de San Severino, una de las mas antiguas de Paris, recién restaurada y decorada con excelentes pinturas de M. Flandrin, discípulo de M. Ingres, y uno de los mejores pintores con que hoy se honra esta nación. Allí además se está en pleno *Barrio latino*, y en él debe visitar el curioso la *Escuela politécnica* (para esto se necesita un permiso del ministerio de la Guerra), la de *Puentes y calzadas*, la de *Minas*, las de *Derecho y Medicina* con sus clínicas y museos anatómicos, entre ellos el horroroso de Dupuytren; los Liceos imperiales, la *Escuela de Bellas artes*, el colegio de *Sordo-mudos*; — el de *Francia*, establecimiento de enseñanza superior independiente de la universidad, y la célebre *Sorbona* en que están reunidas las facultades de teología, ciencias y letras. Aunque casi todos los establecimientos de instrucción pública están aquí concentrados en el Barrio latino, se encuentran y hay que visitar fuera de él á mas de varios colegios interesantes, como el de *Chaptal*, en la calle de este nombre, el *Conservatorio de artes y oficios*, el de *Música y declamación*, la *Escuela normal central* y el *Museo de ciencias naturales*, que forma parte del *Jardín de plantas*. También este hermoso jardín botánico y zoológico reclama una ó varias visitas.

* *

A mas de la Biblioteca de Santa Genoveva hay que visitar la *Imperial* de la calle de *Richelieu*, con sus riquísimos gabinetes de estampas y antigüedades. En esta Biblioteca se halla establecida la *Escuela de lenguas orientales vivas*; la llamada de *Chartes* que en un principio estuvo aquí también y ha servido de modelo á la nuestra de *Diplomática*, está actualmente en el palacio de los Archivos imperiales. La biblioteca imperial es una de las mas ricas del mundo, tanto en impresos como en manuscritos. De los muchos y muy preciosos españoles que contiene, publicó en 1844, de orden y á expensas del gobierno del rey Luis Felipe un voluminoso catálogo razonado, que contiene también los de los manuscritos, igualmente españoles, de las otras bibliotecas públicas, á saber, la ya citada de *Santa Genoveva*, la del *Arsenal* y la *Mazarine*, situada en el palacio del Instituto. Todas merecen visitarse despacio.

La catedral, la Santa Capilla, *Saint-Germain l'Auxerrois*, las ya citadas de *Saint-Etienne-du-Mont* y San Severino, San Eustaquio, San Sulpicio, y entre las modernas, la Magdalena, Nuestra Señora de Loreto, San Vicente de Paul, Santa Eugenia y Santa Clotilde, son á mi juicio las iglesias que mas interés ofrecen á los amigos de las artes.

*
**

En la calle *Mouffetard* n.º 254 está la magnífica fábrica de tapices, denominada de los *Gobelinos*, cuya celebridad es europea: sin más que presentar su pasaporte, cualquier extranjero es admitido á visitarla todos los días durante dos horas, que varían de una á tres en invierno y de dos á cuatro en verano. Deben visitarse también la Escuela militar y el cuartel de los Inválidos, donde descansan los restos mortales de Napoleón. No lejos de allí está el pozo artesiano de Grenelle, noble triunfo de la perseverancia unida á la ciencia, y debe visitarse igualmente; y si es posible, deben hacerse además dos excursiones subterráneas, una á las *Catacumbas*, y otra á la gran alcantarilla central, cuya entrada está en la calle *Flechiér* (á lo menos, por allí he bajado yo, aunque sin duda habrá otras entradas, al lado de la iglesia de Nuestra Señora de Loreto). Es una verdadera obra de romanos por su grandeza y solidez, — un tenebroso remedo de París, surcado en todas sus negras calles por un canal, viva imagen del Leteo, — una vasta *cittá dolente* á la que no es posible bajar sin que asalten la imaginación, no obstante lo prosaico de su objeto, poéticos recuerdos de Virgilio y del Dante; ¡tan cierto es que la ciencia y el arte lo engrandecen é idealizan todo! Por aquellas lúgubres y silenciosas calles va uno recorriendo leguas, ya embarcado, ya en una especie de ferrocarril, con fantástica rapidez y sin molestia alguna, ni aun para el olfato más intolerante. — Otra visita que tiene con aquella cierta analogía, — una analogía anti-tética, — recomiendo á nuestros arquitectos: tal es la de las obras del nuevo mercado (*Halle*) de los Inocentes. Me parecen un inmejorable modelo en este género de construcciones.

Como honroso ejemplo de lo que un gobierno ilustrado puede y debe hacer para el fomento de las letras, la *Imprenta imperial* debe ser visitada por toda persona curiosa.

Es ya muy difícil obtener autorización para visitar las *Catacumbas*, á causa del peligro que ofrece la circulación por aquellas lóbregas é interminables galerías, amagadas de hundimientos en muchos puntos. Canteras inmensas en su origen, hoy son un inmenso osario. Solo una vez he bajado á ellas y no me han quedado ganas de volver: no es decible la impresión de tristeza que deja en el ánimo la vista de aquella infinidad de despojos humanos, simétricamente hacinados formando larguísimas y revueltas calles, á la pálida luz de las teas que le van á uno alumbrando, en medio de un silencio sepulcral, bajo aquellas húmedas bóvedas que apenas permiten andar derecho y oprimido el pulmón por una atmósfera densa y fría. Involuntariamente se figura uno estar allí segregado del número de los vivos.

El que pueda proporcionarse una carta de presentación para el tan sabio como atento director del Observatorio astronómico, el célebre M. Leverrier, padrino y tocayo de un planeta, tendrá mucho que admirar en el exámen científico, pero muy entretenido de aquel magnífico establecimiento con que seguramente no dejará de obsequiarle. A esto debe añadir el imaginario amigo á quien me supongo dando consejos para el mejor empleo de su tiempo en esta ciudad durante unos quince días, la visita á alguno de los diez y seis hospitales civiles y tres militares; la de algunos palacios (*hotels*) particulares, célebres ó por su belleza artística ó por sus recuerdos, como el de *Carnavalet*, el de *Lambert*, en la Isla y calle de San Luis; el de *Ormesson*; la casa llamada de *Francisco I*, joya del Renacimiento que parece de encaje y que, traída de Moret, piedra á piedra, se alza hoy en los Campos Elíseos junto al *Cours-la-Reine*; la de *Ni-non de Lenclos* en la calle de *Tournelles*, y por último, la de algunas casas modernas cuyos dueños han tenido el elegante capricho de reproducir en sus fachadas el carácter arquitectónico de otros siglos. Así se ven aquí con frecuencia, en los nuevos barrios *Breda* y *Beaujon* particularmente, que son los más artísticos, construcciones egipcias, griegas, romanas, góticas y del Renacimiento que datan de ayer. No es decible hasta qué punto esta pintoresca variedad hermosa y poetiza aquellos barrios.

Y si á todo lo dicho añade todavía mi aconsejado unas cuantas excursiones á los sitios imperiales (*Versalles*, hoy museo nacional dedicado á todas las glorias de la Francia, — *Saint-Cloud*, *Saint-Germain*, para no citar más que estos) — y á algunos pueblitos de estas cercanías particularmente deliciosos, como *Enghien*, *Montmorency*, *Eaux-Bonnes*, *Bougival*, *Saint-Mandé* y otros varios, no podrá en verdad decir que conoce bien á París, pero sí que ha aprovechado bien su tiempo. ¡Cuántos están aquí un año, y dos, y diez sin ver ni una pequeña parte de estas instructivas curiosidades!

EUGENIO DE OCHOA.

Los ojos negros.

I.

Si son espejos los ojos
Donde el alma se retrata,
Las mujeres de ojos negros
Deben tener negra el alma.

Y yo no comprendo bien
Siendo esta verdad tan clara,
Cómo es tu alma la negra,
Cómo es la mía la esclava.

Miro tus ojos, y creo
Que me dicen tus miradas
Que llevan ellos el luto
De las penas que me causan.

II.

Negros son tus ojos, niña,
Tan negros como mis ansias,
Los ennegrece al pasar
El fuego con que me abrasas.

A la sombra de tus ojos
Has colocado á tu alma,
¡Cómo se van á perder
Los que pretendan buscarla!

Tú tienes los ojos negros
Como una noche nublada,
Porque no quieres que nadie
Sepa lo que en ellos pasa.

III.

Si son los ojos caminos
En donde el amor se halla,
Quien por ojos negros anda
No sabe por donde anda.

JOSÉ SELGAS.

Revista de París.

La sociedad hispano-americana de París que forma un núcleo numeroso y escogido, anda muy ocupada estos días en los preparativos de una gran fiesta patriótica que debe tener lugar á principios de abril en el Teatro Italiano. Esta fiesta es un baile por suscripción á beneficio de los inundados españoles. El billete cuesta veinte francos para las señoras y los caballeros, pero se ha hecho una distinción digna de notarse en favor de las señoritas, que solo pagarán diez francos; así las madres de familia á quienes ha dado Dios una crecida descendencia, no tendrán pretexto para excusarse de contribuir al socorro de los que han quedado desamparados en España por causa de las inundaciones. Hasta el día parece que hay colocados dos mil quinientos billetes, y todos personales, pues las señoras que se hallan al frente de la empresa caritativa quieren, y con razón, que no se introduzca en su sociedad ninguna de esas damas equívocas que son la plaga de todas las fiestas públicas parisienses.

En la semana última han tenido lugar las primeras carreras de caballos en la hermosa llanura de la Marche, lo que quiere decir que hemos entrado en la primavera. El tiempo estaba hermoso, y por consiguiente la concurrencia era muy grande. El espectáculo, como siempre; dos ó tres jockeys rodaron de sus caballos, pagando con contusiones más ó menos ligeras su afición al sport, esa manía británica que va haciendo progresos entre los franceses. ¡La imitación! hé ahí el secreto de la boga que tienen en Francia las carreras. Hay carreras en Inglaterra, tengámoslas en París, dicen los franceses. Epsom es una feria donde se come y se bebe abundantemente; hagamos lo mismo en la Marche, y aventajemos si es posible á nuestros vecinos. Y en efecto, algunos de los grandes vehículos que acuden á la Marche cargados con una ó dos docenas de personas se hallan transformados en mesas de otros tantos cubiertos. El vino de rigor es el champaña, y no hay para qué decir que no se escasea.

En una de las berlinas más pobladas de gente se veía en el pescante al lado del que llevaba las riendas, un joven que ofrecía un espectáculo singular. Llevaba pegada á los labios, como una trompa de caza, una botella que bebía hasta la última gota y que al punto era reemplazada por otra llena que vaciaba igualmente, operación que se continuó durante media hora. Era una apuesta; el joven en cuestión había apostado que bebería botellas de champaña sin cesar un segundo desde la Marche hasta el puente de Saint-Cloud, y así lo hizo. — Hé ahí el incidente principal de las primeras carreras de caballos de la temporada.

Tenemos que añadir dos palabras más á lo que ya hemos dicho del *Tannhauser*. El domingo se dió su tercera representación, y como el público se mostrase más agresivo aun que en las dos funciones anteriores contra M. Wagner, la empresa resolvió cortar de raíz este motivo de escándalo, y el *Tannhauser* quedó enterrado aquella noche con todos los honores debidos á su extravagante pretensión de ser una de las obras maestras que han salido á luz, si no la principal de todas ellas.

Mientras la Academia Imperial de Música se hallaba convertida por excepción, en una plaza de toros, el teatro del Odeon presenciaba uno de esos triunfos que nunca se olvidan. La *Ristori*, la incomparable trágica italiana, sin rival en París por no decir en el mundo, desde la muerte de Rachel, aparecía en un drama nuevo en cinco actos, escrito en francés por M. E. Legouvé, titulado *Beatriz*, y era aclamada con un entusiasmo unánime por la escogida concurrencia que llenaba esa noche un teatro casi siempre desierto.

M. Legouvé ha compuesto su drama con un solo propósito, el de hacer resaltar las altas facultades que distinguen á la actriz encargada del papel de protagonista. — Una artista de gran talento y mujer virtuosa, obtiene los triunfos más brillantes en todo el mundo, al paso que resiste á todas las seducciones.

El príncipe Federico, hijo de la gran duquesa de un pequeño ducado alemán, la oye cantar en un concierto que daba en Viena á beneficio de los pobres, y desde aquel día se enamora de ella locamente.

Sin embargo, la gran duquesa quiere casar á su hijo con la princesa Margarita, y las bodas deben celebrarse dentro de poco; pero hé aquí que la eminente artista se presenta en el ducado, y como los emperadores y los reyes la han recibido siempre en la corte, la gran duquesa, que desea conocerla también, la ofrece habitación en su mismo palacio.

Federico y Beatriz se encuentran en presencia; no hay para que decir que la artista distinguió al príncipe en Viena, y conserva de él un palpitante recuerdo.

Beatriz lo pospone todo á su arte. El amor la hace temblar, porque teme sus engaños que vendrían á destruir en ella la inspiración artística. A pesar de este temor adora al príncipe Federico, pero le adora en secreto, oculta su pasión á todos los ojos, hasta quiere ocultársela á sí misma, y lucha sin descanso contra una pasión invencible y vana, pues Beatriz no debe casarse con Federico.

En esta lucha de angustias, de tristezas íntimas, de arrebatos de desesperación, de sueños, de sonrisas y de esperanzas, está el gran interés del drama. El autor ha puesto en relieve en estas escenas las cualidades de la artista para quien escribía llegando quizá hasta el punto de exagerarlas. El público se olvida de Beatriz y ve á la *Ristori*; deja la ficción por la realidad, y aplaude las alabanzas que la artista se prodiga abundantemente. Nada más sublime que este espectáculo. Para pintar el fanatismo de los espectadores, apuntaremos solo una cosa, y es que aplaudían á pesar del acento italiano con que la *Ristori* pronuncia el francés, sin embargo de todos sus estadios; para el que conozca lo meticoloso que son aquí en punto á pronunciación de su idioma, esta observación lo dice todo.

Tenemos que contar esta semana uno de esos rasgos de abnegación sublime, para los cuales todo elogio es superfluo y todo premio parece insuficiente.

Existe en París una familia pobre, atendida á los escasos recursos que la proporciona el trabajo de dos hijos menores, hermano y hermana, empleados el uno de dependiente de un banquero, y la otra en casa de un humilde comerciante.

Agustina (este es el nombre de la joven) es un modelo de actividad y de inteligencia, y si á esto se añade que se halla dotada de una gracia poco común, no se extrañará que su principal fijase la atención en ella y pidiera su mano, contando hacer á la vez un casamiento á su gusto y provechoso para sus intereses.

Sin embargo, le esperaba un desengaño cruel; había contado sin la inclinación de la joven.

— La proposición que me hace Vd., le dijo Agustina, me honra sobremanera, pero me es imposible aceptarla.

— ¿Y por qué?

— Porque no soy libre.

— ¡Ah! ¿está Vd. comprometida?

— Sí, señor; lo estoy con un joven que me ama, un amigo de infancia, y este amor merece la aprobación de mis ancianos padres; si no me he casado ya es porque no quiero privarles del fruto de mi trabajo, y no lo haré hasta que mi prometido alcance una posición más ventajosa de la que tiene en el día.

El tendero se quedó atónito; muy lejos de pensar que su demanda podía ser rechazada, se imaginaba por el contrario que sería recibida con júbilo y gratitud.

Debemos advertir que no es un hombre viejo, que posee excelentes prendas, y que, según se asegura, en su modesto comercio ha sabido reunir en pocos años una fortuna muy decente.

Sin perder la esperanza con la negativa, se aplicó á poner en evidencia sus ventajas personales; más en vano: Agustina estaba enamorada, y opuso una suave firmeza á las reiteradas instancias del pretendiente.

Pero hé aquí que la resistencia avivó los deseos, y en breve el honrado comerciante se encontró preso en los lazos de una pasión que iba en aumento. Se dirigió á los padres de la joven; y estos respondieron que no querían servir de obstáculo á la felicidad que su hija se prometía con el hombre que había elegido.

En este punto se hallaban las cosas cuando el hermano de la joven, cediendo á una inspiración fatal, jugó y perdió en la Bolsa un dinero que no le pertenecía. La suma ascendía á cinco mil francos, y llegó el momento terrible en que era preciso restituirlos, ó confesar el fraude al banquero, que lo menos que haría seguramente sería poner en la calle al empleado infiel, con lo cual se quedaría reducida á la mayor miseria su desventurada familia.

El joven confesó su culpa á su hermana, y esta tomó inmediatamente una resolución heroica.

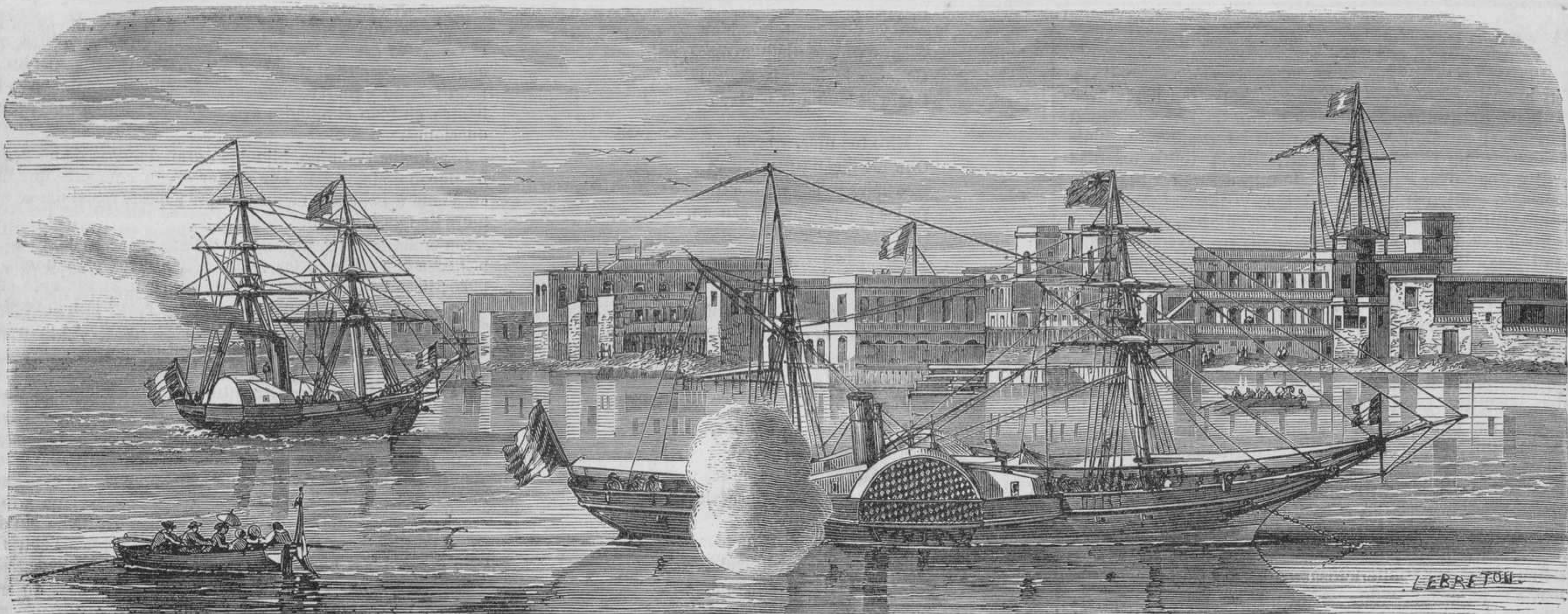
— No digas nada á nuestros padres, yo lo arreglaré, le dijo con lágrimas en los ojos.

Y en derecho se fué al comerciante y le pidió una entrevista particular.

— El paso que doy, exclamó cuando se vieron solos, no me ha sido aconsejado por nadie; si después que Vd. me haya oído le desaprueba, toda la responsabilidad es mía.

Agustina hizo una pausa, y luego prosiguió diciendo mientras el comerciante la miraba atónito y algún tanto asustado con una confianza que se anunciaba de un modo tan extraño.

— Usted me ha hecho el honor de pedirme en matrimonio, y ya sabe Vd. los motivos que me han impedido hasta aquí acceder á sus instancias; pero ahora...



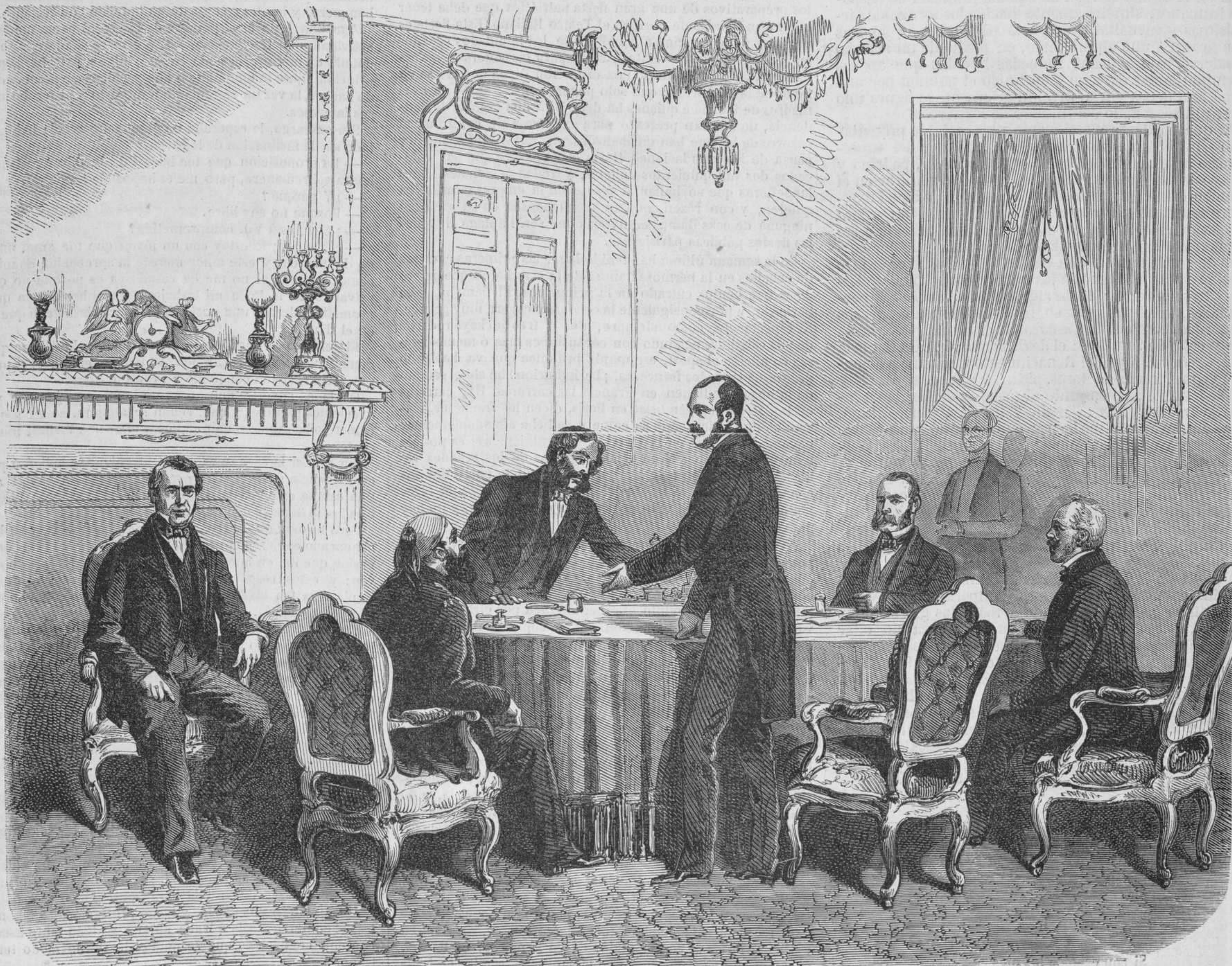
VISITA DEL CORONEL DE ARCY A M. FAIDHERBE, GOBERNADOR DEL SENEGAL.

— ¿Ahora?... repitió el comerciante conmovido.
 — Estoy en otro caso.
 — ¿Consiente Vd.?
 — Con una condicion.
 — ¿Cuál es? Veamos.
 — Me ha de entregar Vd. inmediatamente cinco mil francos sin decir á nadie una palabra.
 Agustina habia hablado así con voz ahogada y clavando su vista en el suelo.
 Aunque en el colmo de la sorpresa, el comerciante dió gracias á la jóven con el mayor ardor, y prometió entregarla los cinco mil francos, promesa que fué seguida de una ejecucion inmediata.

El casamiento quedó fijado para el mes siguiente, plazo que los preparativos de rigor hacian indispensable.
 Sin embargo, el comerciante en medio de su felicidad se mostraba inquieto. ¿Con qué fin Agustina le habia pedido aquellos cinco mil francos? ¿Qué queria hacer con ellos?
 En vez de dar rodeos para tomar informes, se dirigió á Agustina, y la exigió una explicacion que ella no pudo menos de darle.
 Trataba con un hombre de bien, que enternecido con la relacion de aquella triste aventura, exclamó:
 — Permítame Vd., Agustina, que la devuelva su palabra.
 — ¿Qué dice Vd.?
 — Sí, amiga mia; y en cambio la pido á Vd. el favor de

que me nombre padrino de su boda con el hombre á quien Vd. ama.
 La jóven no supo que responder; encontraba su felicidad allí donde habia visto su desgracia.
 — Damos en esta página dos dibujos que representan, el uno la visita hecha por el coronel de Arcy á M. Faidherbe, gobernador del Senegal, y el otro la conferencia que ha tenido lugar en el ministerio de Negocios extranjeros sobre los asuntos de Siria, en la cual los personajes diplomáticos figurados resolvieron que las tropas francesas continuarán ocupando la Siria tres meses mas, esto es, hasta el próximo junio.

MARIANO URRABIETA.



CONFERENCIA SOBRE LOS ASUNTOS DE SIRIA EN EL MINISTERIO DE NEGOCIOS EXTRANJEROS DE FRANCIA.

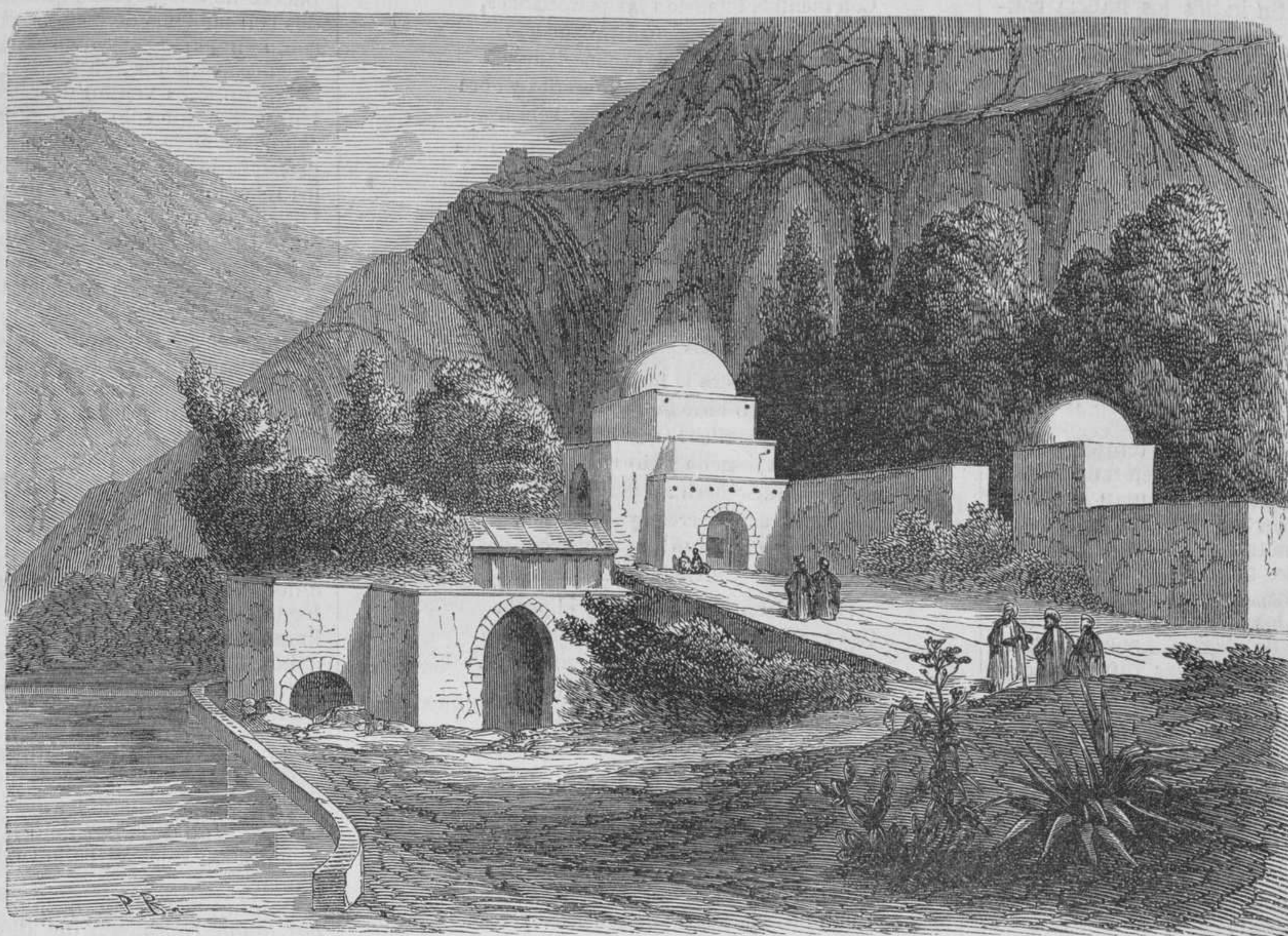
El convento de Canobin

Y LOS CEDROS DEL LIBANO.

Canobin, en el camino que conduce á los famosos cedros, está habitado por los maronitas y es la residencia del patriarca de esta secta religiosa; su nombre proviene de la palabra griega *canobium*, que quiere decir el convento por excelencia.

Es un edificio bastante irregular, que propiamente hablando, no es ni un convento, ni una mezquita. Cortado en parte en la roca sobre la cual se levanta, no tiene de pintoresco mas que el sitio que ocupa. La iglesia dedicada á la Santísima Virgen, con el título de Santa María de Canobin, es pequeña y carece de carácter. Lo restante consiste en celdas para los religiosos y en salas comunes, inclusa la habitacion del patriarca.

Las tierras que rodean el monasterio y que parecen estar bien cultivadas, pertenecen á la comunidad.



CANOBIN, CONVENTO MARONITA EN EL CAMINO DE LOS CEDROS.

La regla de la orden es la de San Basilio, que es para los orientales lo que San Benito para los occidentales; únicamente se han hecho algunas modificaciones que ha sancionado la corte de Roma.

El hábito de los religiosos es muy sencillo; consiste en una mala sotana de algodón que les sirve de camisa, y un hábito de estameña oscura sumamente gruesa; llevan el pelo bastante largo contra el uso del país; se cubren la cabeza con una capucha negra de lana, y el calzado consiste en unas babuchas negras.

Cuando se sale de Canobin para ir á los cedros por el camino de Bsuarrai ó Becharray, se dirige el viajero hacia el convento de *Mar Elichá* pintorescamente situado en el *Nahr el Kadicha*; de este convento pasa á Becharray, y en menos de una hora se encuentra delante de los famosos cedros.

El número de estos árboles varia segun cada viajero: Belonius vió 28 en 1530; Daudini 23



LOS CEDROS DEL LIBANO.

en 1599; Roger 22 en 1632; La Roque 20 en 1688; Schulz 20 también en 1735. Un inglés los habría contado; yo confieso que no me ha ocurrido este pensamiento.

Los cedros se elevan de 20 á 30 metros de altura y cubren una enorme circunferencia.

«Un pueblo floreciente se propagará como los cedros del Líbano,» dice la Escritura.

Las ramas siempre verdes aun cuando las cubre la nieve, son muy espesas y están horizontales; cuando las mueve el viento, parecen nubes muy densas impedidas en el espacio.

Es de notar que estos árboles no crecen en el Líbano mas que en *El-Herzé*, y en otro sitio llamado Radhel, donde están muy lejos de haber adquirido el mismo desarrollo.

En el verano acuden á los cedros muchos fieles. Al pie de los árboles levantan altares, en los cuales los monges dicen misa.

Los cedros tienen sus devotos como el templo de Jerusalen tiene los suyos; *El-Herzé* da margen á una gran romería. En otro tiempo los maronitas tenían costumbre de reunirse allí el día de la Trasfiguración; pero el patriarca suprimió esta ceremonia por las muchas contiendas que ocasionaba. Hoy los habitantes de las aldeas próximas van á los cedros sucesivamente con sus sacerdotes á la cabeza; asisten á los oficios, hacen algunos disparos de escopeta en señal de alegría, beben, cantan y bailan, y por último, recogen algunas ramas de cedro para adornar las fachadas de sus casas.

E. A. S.]

La guerra literaria.

De la guerra civil en el Parnaso
Resuena el eco triste y doloroso:
Por un simple laurel hasta el Pegaso
Su raudo vuelo pára receloso;
El astro de la ciencia está en su ocaso;
Todo lo cubre un velo misterioso;
Solo impera la burla y el desprecio,
Don de la negra envidia pobre y necio.

Los valles de Helicon convertidos
Se ven en campos de marcial pelea:
En escritos rasgados y esparcidos
El despecho infernal su rabia emplea:
Las musas con acentos doloridos
En vez del blando canto que recrea
Al padre excelso del castalio coro,
Confusas lloran su cruel desdoro.

Es causa de esta airada competencia
Elogiar á un autor; ¡terrible ultraje!
Es irritar la cénica paciencia
Al mérito ofrecerle vasallaje;
Es deprimir la sábia inteligencia
Conceder primacia en el lenguaje,
Y elevar la cultura y el talento
Es una arista que se lleva el viento.

Un pedante escritor escucha helado
En reunión literaria y con sonrisa
Una lectura amena, arrebata
Con un frío sarcasmo se desliza:
Otro en su muelle asiento rellanado
Con profético tono patentiza
Petulante, resuelto é inclemente,
Que todo aquel escrito es negligente.

Si alguna vez elogia, cauteloso
Y con severo aspecto contradice,
O rígido aparece y desdeñoso
Cuando la razón recta le predice;
Y si un autor al verlo tan celoso
«Mi obra juzgad» con sumisión le dice,
Y la somete á su criterio atento,
Mil faltas le señala en el momento.

«Vuestro escrito, repite, es bello y grato;
Vuestra composición es portentosa;
El plan es acertado; su aparato
Presenta la verdad mas luminosa;
Mas debemos notar que en su relato
Hay alusiones falsas y viciosas,
Contrarias al buen gusto y la doctrina
Que destruyen su esencia peregrina.»

Un Rabadan imbécil (1) se presenta,
O un coplero menguado y engreido,
Y toda producción que no se ostenta
Con su dición ó giro presumido,
Y con pobres retruécanos no alienta
O juego de palabras atrevido,
La declaran con tono y arrogancia
Sin mérito, sin númen ni sustancia.

Insípidos elogios prodigando,
Que desmienten con falsas alusiones:

(1) Don Diego Rabadan: á principios de este siglo escribía sus poesías en los diarios de Madrid, que entonces parecían ridículas, aunque semejantes á muchas de las que vemos publicarse en la actualidad.

Otros, de sus rivales ocultando
Con mentida intención las perfecciones,
Como al descuido siguen propalando
Las faltas de sus lindas producciones,
Sin contemplar que en todo escrito y obra
Un descuido ó defecto siempre sobra.

La elocuencia ó el númen que en un día
Desplegó con su estilo celebrado
Las galas de Melpómene ó Talía,
Fué de su altivo asiento derribado,
Y menosprecio infando recibía
Gensura amarga en su brillante estado;
Ostentando sus necios clausulones
Con ridiculas frases y renglones.

Bien lo muestra la turba degradante
Que tú Pelayo hirió de rabia henchida,
¡Coronado escritor! (1) y que arrogante
Con crítica resuelta y atrevida
Quiso tu verso herir: ó el ignorante
Que con pluma borrosa y denegrida,
¡Soldado de Lepanto! tus primores
Quiso borrar y marchitar tus flores (2).

¡Qué misero y qué triste es el poeta
Que sus versos ensalza deslumbrado!
Que con ellos se embriaga, y que sujeta
A su doctrina y tono destemplado
Todo lo que orgulloso no respeta;
Y en su feticcio y degradante estado
De sus miserables obras saca solo
El humo denso con que incienso á Apolo.

Númen consolador que con tu canto
Derramas en las almas delicadas
Compasión y virtud, tu libre manto
Cubra las bellas obras despreciadas;
Que la justa equidad muestre su encanto,
Suenen todas las líras acordadas,
Une tus vates ciegos y esparcidos
En discordias funestas divididos.

JUAN MIGUEL DE ARRAMBIDE.

En un baile.

Cuando en mi capa envuelto á la española,
A media noche, en baile concurrido,
Del intonso tropel desatendido,
Me escondo en un rincón;
Y miro allí pasar ola tras ola
El vals en su redondo movimiento;
Y con la mano sobre el pecho, siento
Latir mi corazón...

Y los perfumes mil de miles flores,
Y los reflejos mil de mil bugías,
Con ecos mil de miles armonías,
Siento de lejos hasta mí llegar...
Y las voces de damas y señores,
Y coloquios y cánticos y risas,
Todo zumbando cual las vagas brisas
Que juegan con las olas de la mar...

Pienso entonces que allí como extranjero
Me encuentro solo faz á faz contigo;
¡Que no hay un solo corazón amigo
Que me conozca allí!
¡Oh! pienso entonces en mi amor primero,
En tí, mujer, que tanto amé, que adoro,
En tí, mujer, perdido bien que lloro...
¡Delina, pienso en tí!

JOSÉ EUSEBIO CARO.

Costumbres orientales.

EL MATRIMONIO DRUSO.

Vais á ver una boda en el Líbano...
Jamás había reparado en la gran algarazara que se mueve al rededor de los que se casan.
El momento no me parece el mas á propósito.
El matrimonio es lo peor ó lo mejor de este mundo.
La desgracia viene sin que se la llame, y no se debe espantar á la felicidad.

Las verdaderas alegrías son de ordinario mudas, como si encontrarán mas expansión en su silencio.
Pero hay que tomar parte en costumbre tan universal como ridícula: regocijémonos, amables lectoras.
Los melancólicos scitas solo se alegraban á la muerte de sus amigos.

Es una idea demasiado seria para que se propagase.
Quémemos pólvora; alumbrémos con antorchas los misterios mas dulces de nuestra existencia.
Otras reflexiones me hacia yo cuando era joven...

A un cuarto de legua de Ain-keri, nuestra hospede-

(1) Cuando el año de 1802 publicó Quintana sus poesías, y dió á luz sus tragedias el *Duque de Viseo* y el *Pelayo*, fueron criticadas estas obras por los literatos de la época, haciéndole variar diferentes veces el quinto acto del *Pelayo*.

(2) Don Nicolás Pérez el Setabiense escribió el *Anti-Quijote*.

ría, encontramos la vanguardia del cortejo nupcial compuesta de seis jóvenes que llevaban capuchos leonados con adornos de colores vivos. Bailaban y cantaban como enajenados, y disparaban tiros á cada momento, ya sucesivamente, ya todos á una.

Los músicos venían despues con los patriarcales instrumentos que solo el Líbano ha conservado. Unos tocaban las siete cañas; otros flautas de palo rosa, acompañados de trompas con la concha vuelta hácia atrás; los mas jóvenes hacían sonar la chirimía y la cítara. Los niños, descalzos, llevaban el compás con las manos en la tirante piel del pandero, ó golpeaban en los sonoros címbalos.

A estas melodías mezclaba frecuentemente sus notas el tambor tártaro.

Una especie de enano patizambo y jorobado, vestido de corpiño mitad rojo y mitad verde, jubon averiado de algun señor feudal, corria entre los grupos botella en mano y un vaso en la otra, dando de beber á todos, animando á los activos y excitando á los perezosos.

Seguían, de tres en tres, con antorchas, representando el emblema de las abrasadoras llamas del amor conyugal, treinta amigos de la desposada, á quienes nosotros llamamos guardia de honor.

Los corifeos del acompañamiento entonaban himnos amorosos, mientras otros repetían en coro estrofas alternadas como los refranes de nuestras canciones populares, llevando el compás con la mano.

Los jóvenes precedían á los ancianos del pueblo que por su grave y lento paso, me hubieran parecido una reunión de patriarcas, á no verlos disparar tiros con pistolas á cada instante y en todas direcciones.

Hoy la pólvora es el símbolo del poder y de la alegría.

Todos estos venerables del Líbano iban á pié y llevaban el signo de la paz bajo la forma de pipa, con la caja de tierra roja, el cañon de jazmin y la boquilla de ámbar.

Despues venia un hermoso brido árabe ricamente enjaezado, conducido del diestro por dos hombres que agitaban cada cual una tea encendida, cuyo fuerte resplandor se reflejaba en un *bulto blanco* que se sostenía sobre la silla. Un gran tapiz cuyas puntas caían hasta el suelo cubria el paquete blanco.

Este paquete era... la novia.

Las mujeres de Constantinopla hacen del velo lo que quieren; pliegues mas ó menos claros ocultando lo que les acomoda, enseñando lo que les agrada, dejando adivinar el resto.

En el Líbano, la novia va tan herméticamente cerrada en el manto, que no se la ven ni aun las formas. Ni su mismo amante es capaz de conocerla.

Cinco mujeres, y otros tantos hombres rodeaban el caballo, cargado con tan precioso lio.

Cuatro odaliscas montadas en soberbias mulas, llevaban grandes sacos que contenían las galas de la desposada.

Una caterva de viejas con las caras arrugadas y hocicos de monas cerraba el acompañamiento.

Esta costumbre es pintoresca al par que ridícula.
Poniendo el índice sobre los labios y con los dientes apretados soplaban las vetustas concertistas con toda la fuerza de sus pulmones; de modo que producían un ruido tan estridente, que á su lado es armonioso canto el de las cigarras.

Cuando pasó delante de nosotros este coro de brujas, soplaban abusando tanto de sus facultades, que nos ataron los oídos en honor de los recién casados.

En una altura que dominaba el sendero estuvimos viéndolos desfilar.

El *cheik* y su hijo que nos acompañaban, nos hicieron señas para que nos uniéramos á ellos; pero les seguimos á corta distancia agrupados en columna cerrada.

Al cabo de una hora los jefes mandaron hacer alto.
Callaron los tambores, se extinguió el sonido de las trompetas, y la voz de las femeninas cigarras se ahogó en la formidable descarga de mosquetes, espingardas, fusiles y pistolas.

El eco repitió, redoblando de montaña en montaña, tan terrible estruendo.

Una salva parecida se oyó á lo lejos.

Enfrente de nosotros, al otro lado del valle, vimos grandes hogueras y antorchas que corrian de un lado para otro. Una terrible gritería y un tumultuoso movimiento de gente que venía hácia nosotros, hirió nuestros oídos.

Ambos grupos se unieron en el fondo del valle, como dos torrentes que se precipitan por la pendiente de opuestas montañas, uniéndose á sus piés.

Hubo algunos instantes de indescriptible confusión, un cambio de gritos y detonaciones capaz de despertar á los muertos.

Las trompetas tocaban sonatas, los tambores batían marchas, las viejas daban al aire sus agudos silbidos.

Impasible, muda, en la gran silla de damasco que cubria la mitad de su caballo negro, asistía á esta escena la desposada sin dar la menor señal de emoción.

Idolos hay de madera ó de piedra que no conservan indiferencia tan apática oyendo las oraciones de los que los adoran.

Reunidos los dos cortejos en la misma ruta, mezclando de tiempo en tiempo los tiros con su alegría, un *santon* con turbante blanco pasó á nuestro costado mirando con piedad los locos regocijos, como hombre completamente separado de todos los mundanales desvarios, vanos y pasajeros.

Llegamos á casa del novio.

La fiesta comenzó en el patio, que apeataba á olor de

cocina, lo bastante para saciar al druso mas hambriento.

Hervian con estrépito la ternera y el arroz en grandes calderos que se podian escalar con las pilas de melones, sandias y quesos perdidos al través de laberintos de frutas, entre los arroyos de leche que se abrian paso por las montañas de pollos, pavos y corderos, tostados lentamente en asadores de madera delante de las fogatas.

El divan era pequeño para contener tan gran número de convidados, y de los que sin convidarles nadie habian venido á divertirse con la esperanza fundada de recibir buena y abundante hospitalidad en casa de los novios.

Los personajes y próximos parientes fueron introducidos en el comedor por el padre de familia, que repartia los asientos, como en el festin de las bodas del Evangelio.

Los demás quedaron fuera.

El tiempo estaba apacible y la atmósfera alumbrada por grandes hogueras, cuyas llamas destacaban sus vacilantes lenguas entre la opaca verdura de los árboles.

A lo largo, colgadas en la pared, una respetable colección de pipas de largos mástiles, adornados con cintas bordadas de flores de oro en trama de seda, figuraban como requisito amistoso, prestado por los propietarios de la vecindad.

El patio, lleno de gente, presentaba un espectáculo de extraña animación, de indescriptible variedad. Los hombres con sus hermosos trajes y sus mejores armas formaban pintorescos grupos, como los soldados en el vivac. Mas lejos los caballos en círculo, atados á los árboles, rumiaban el pienso de cebada y relinchaban mirando á sus dueños con sus brillantes ojos y saludándoles con su noble é inteligente cabeza.

El *cheik* nos hizo entrar en el divan donde la fiesta tenia carácter mas íntimo. Nos sentamos á lo largo de la pared, siguiendo el orden determinado por el padre, los hombres á un lado, y á otro las mujeres medio veladas.

La novia estaba mas cubierta que nunca. Solo á la hora prefijada podia el novio contemplar su hermosura.

Este encendió un rico pebetero que pasó de mano en mano, aspirando cada cual su aromático humo, que impregnaba los sentidos con suave aroma.

Concluyó de dar la vuelta al divan el pebetero, y en el momento que llegó á manos de la novia, se oyó una señal atronadora.

Los tambores, trompetas y fusiles mezclaban sus sonidos, y juntos formaban un ruido tan compacto, que solo el agudo falsete de las viejas era capaz de oírse, como en efecto se oía, por encima de los instrumentos, de las voces y de los tiros.

Después de esta salva que duró un minuto, callaron con tal precision como si fueran dirigidos por un maestro de orquesta.

Un joven se adelantó con paso lento al medio del divan. Tenia estatura gigantesca, rostro bello y descarnado, y ojos brillantes bajo grandes y pobladas cejas. Un cinturón de cuero rojo apretaba el *machtah* por encima de los riñones, y un turbante verde puesto con gracia le cubria la cabeza.

Era el orador y el poeta del pueblo.

Toda aldea drusa tiene un poeta y orador oficial, que toma la palabra en las ocasiones solemnes y ceremonias públicas.

Acercóse el bardo á la novia, llevó su mano á la frente inclinándose tres veces delante de ella, estuvo en meditación algunos minutos, dirigió una mirada á la reunión para inspirarse, y después de un saludo en que la mimica cogia todas sus flores en los jardines de la poesía oriental, empezó su *epitalamio*; poesía en estrofas de doce versos, celebrando las virtudes, riqueza y timbres de las dos familias en general y de cada una en particular.

Hablaba enfáticamente, pero con voz clara y serena, marcando el ritmo, descendiendo al final de cada verso y parándose de estrofa en estrofa á respirar y á dar tiempo para que le aplaudiesen.

Concluyó el vate su discurso con esta alegoría encantadora:

«Un labrador plantó dos vides junto á la pared del jardín.

» Estas dos cepas jóvenes y vigorosas echaron raíces en la tierra agradecida.

» Pasó el invierno, vino la primavera...

» El labrador vino á ver su viña y notó que las vides se habian unido enlazando los pámpanos.

» Así ha hecho el que nos convida á este festin. Ha aproximado en su casa dos corazones jóvenes y llenos de vida que se apoyaron el uno en el otro.

» ¡Que el sol de la felicidad jamás se oscurezca para ellos!

» Estas dos vides gemelas han enterrado sus raíces en la alegría y extenderán á lo lejos sus poderosas ramas.

» Cuando vino el estío con sus rayos de fuego, perdieron las cepas su verde follaje; pero siempre enlazadas, pronto se cubrieron de dorados racimos.

» Así estos dos corazones bajo el rayo de la dicha producirán flores de ternura y frutos de amor!»

Al terminar el poeta estas últimas estrofas, se dejó caer en tierra como vencido por el cansancio.

Todos los que habian sido encomiados por él en su discurso le rodearon. Al instante se reanimó con la dulce rociada de elogios que cayó sobre él de todas partes.

En seguida los criados derribaron las mesas al suelo, (de este modo comen los drusos) y colocaron en cada pié un gran plato, único que servia para los manjares mas abundantes y escogidos. Las frutas y los dulces alternaban con las carnes y legumbres; de suerte que constituian una serie de comidas que no acababan nunca.

Cuando el hambre empezó á calmarse, un amigo del marido, que hacia de maestro de ceremonias, pasó entre los diversos grupos, rociándonos con agua de rosa para refrescar y perfumar el ambiente.

Siete jóvenes, con las túnicas cortas y las piernas al aire, entraron en el salon. Era el cuerpo de baile de la montaña, que nunca se saca de entre las mujeres, como en el Cairo y Damasco.

Avanzaron poco á poco con movimientos dulces y acompasados. precedidos de su corifeo, y desfilaron de dos en dos por delante de la desposada, saludándola respetuosamente.

La música preludiaba con cuatro pequeñísimas flautas unisonas, acompañadas del *tarbouka* que marcaba el compás, produciendo una melodía que al principio agrada y luego acaba por conmovér.

Los danzantes escuchaban en silencio é inmóviles en medio del salon.

Uno de ellos con los brazos abiertos, empezó á dar vueltas con lentitud que fué acelerando poco á poco hasta precipitarse en un torbellino.

Toda la banda le imitó.

Era curioso ver como volteaban estos hombres vestidos de blanco con los brazos en cruz, caída hácia la espalda la cabeza, los ojos medio cerrados, la boca entreabierta y vaga sonrisa en los labios.

El movimiento de semejante baile tiene un no sé qué de agradable y mágico que produce vértigos.

El jefe se paseaba entre los grupos, acelerando ó sosteniendo el compás con las palmas de la mano.

Luego de un intermedio y una segunda procesion de dos en dos, empezó por segunda vez el baile acelerado y con mas ardor.

Hubiera sido imposible contar el número de vueltas que cada uno daba por minuto.

Como sus alas los pájaros, levantaban y bajaban los brazos de tiempo en tiempo. Ligera espuma blanqueaba y humedecia sus rojos labios: la cabeza hácia atrás; los párpados batiendo las pestañas; las pupilas vueltas, perdiéndose en el infinito, no les dejaba ver mas que el blanco de los ojos: cuando echaban la cabeza sobre el pecho, parecian rendirse bajo el peso de una voluntad sobrehumana.

Agotadas las fuerzas, iban cayendo en una postracion invencible.

El corifeo avanzó al medio de la sala: todas las miradas se fijaron en él. Los que no habian encontrado sitio en el salon, se encaramaban en las puertas y escalaban las ventanas.

Después de dirigir al cielo una mirada lánguida y tierna, doblándose por la cintura, puso con gracia los brazos como una copa antigua, desarrolló el largo *kouffich* rojo y negro, que á manera de turbante tenia ceñido al rededor del *tarbouch* y á la música que callaba le hizo la señal de empezar.

Sus primeros pasos fueron lentos y medidos con maravilloso compás; pero pronto la música precipitó sus acordes, arrastrando al danzante en su imperioso movimiento, quien siempre sobre sí, dominando su fogaosidad, empezó á describir en estrofas de posturas y piruetas todo un poema de amor.

Viva persecucion: vana huida; súplica triste; tímida ceguedad; efusion de alegres placeres: todo fué representado con exactitud en el gesto, en mimica digna del artista.

Pronto su respiracion se hizo fatigosa: un sudor frio caía en argentadas perlas por las puntas de sus cabellos, barba y cejas; la palpitation se dejó sentir mas violenta en su pecho, y sus miembros temblaban como agitados por una fuerte convulsion.

Una borrasca de notas musicales le arrastró como á la hoja el huracan.

Rendido y jadeante, reunió por fin las poquísimas fuerzas que le restaban para hacer el saludo, en toda regla, retirándose al extremo de la habitacion donde sus compañeros le rebozaron en una gran manta.

La alegría estaba esparcida por todas partes; lo mismo dentro que fuera, en los patios como en los salones.

Los hombres cantaban sin acompañamiento y bailaban entre sí al son de los tambores. Los jóvenes ensayaban ejercicios de fuerza y ligereza, como nuestros antiguos luchadores, haciendo alarde de la resistencia y flexibilidad de sus músculos para alcanzar los elogios de las bellezas del pueblo, que agrupadas sobre el terrado les enviaban nutridos aplausos.

En medio de este general regocijo, solo la desposada estaba triste.

Después de haber permanecido algunos instantes entre nosotros, fué conducida por la madre y los parientes de su joven esposo á la cámara nupcial.

Apenas habia gustado algunos manjares de la espléndida comida bañándolos con sus lágrimas.

De tiempo en tiempo heria nuestros oidos atravesando el tumulto de la fiesta, el ruido de sus ayes.

La mujer drusa llora durante la ceremonia de su casamiento.

— Yo creí, dije á una joven que estaba á mi lado, que asistíamos á unas bodas de amor.

— La mujer, me respondió, llora como prueba de honestidad, en medio de las locuras. ¿No es el llanto nuestro único destino en la tierra?

— No creo yo eso, la dije. ¿Habeis tenido vos el placer de gustar lo que llamais vuestro destino?

— Es verdad, no sé porqué llora la novia: quizá porque recuerda sus años juveniles, los juegos de la infancia, la compañía de sus hermanas, ó por estar lejos de la casa paterna y entrar en otra, cuyos umbrales no ha pisado sino por medio de un juramento. Lloro además

porque la han dicho que llora; llora, añadió con melancólica mirada, porque todas estas viejas de verdes ojos cuentan sus suspiros, y si no vierte muchas lágrimas, si no se golpea frecuentemente el pecho, parecerá voluptuosa y lasciva á los ojos de su nueva familia. ¿A qué casarse, volvió á decir con los ojos humedecidos, si el matrimonio es tan terrible para la mujer, que en medio de la alegría de todos, debe buscar la novia en las lágrimas que se la ordena verter el principio de las desdichas que la esperan?

— ¿Qué importa, la repliqué, qué importa si la voz secreta de su corazon la dice que sus lágrimas serán bien enjugadas?

Por única respuesta me dirigió una mirada sin pronunciar una palabra.

La fatal hora de media noche sacudia sus adormecedoras alas sobre la frente de la muchedumbre.

La alegría era menos bulliciosa y el placer mismo se adormecia en su cansancio.

Las conversaciones á media voz, interrumpidas con frecuencia, sucedieron al tumulto del primer baile.

De repente una especie de fantasma cubierta con un velo blanco que caía arrastrando, se postró á nuestras plantas, giró misteriosamente en derredor del gentío que tenia delante. Aproximándose al padre entreabrió los labios, con acento espiritual murmuró al oido algunas palabras que no entendí, y retrocedió á cortos pasos en silencio, hácia la puerta.

Cuando hubo desaparecido se oyó una gran griteria.

Era el coro de las lamentaciones que precedia á las postreras peripecias del himno.

Una matrona vieja empezó el supremo gemido, entrecortado, ó mas bien interrumpido por los sollozos de sus compañeras. Unas rompian en violentas interjecciones y agudos clamores. Otras, medio prosternadas, se herian el seno.

Esta clase de plañidos lentos y dolorosos que salian al mismo tiempo de todos los pechos, producian en el aire una canturia lánguida.

Se levantó la novia, y todos á excepcion del padre hicieron lo mismo.

Una de sus tias le tomó la mano para conducirla á la habitacion nupcial.

Los convidados las siguieron y atravesaron con bastante orden el patio. Los que no formaban el cortejo, se alinearon en dos filas por el tránsito.

Cuando llegamos al pabellon, donde nos esperaba la novia, solo penetraron las mujeres. Los hombres permanecieron á la puerta que estuvo abierta algunos instantes.

La recién casada hallábase en la pieza, cubierta con un velo como el *flamineum* de los casamientos romanos, sembrado de brillantes estrellas.

Dos primas la sostenian cada una por un brazo.

El novio avanzó rápidamente hácia ella y recibió de manos de la madre el aderezo de las casadas, con el cuerno de plata que tiene entre los drusos la misma significacion que entre nosotros el anillo de boda.

Con la mano izquierda la levantó el esposo el velo, y con la derecha colocó el célebre cuerno en la cabeza de su esposa.

En este momento todas las mujeres salieron de la habitacion mezclándose entre nosotros que solamente habiamos visto, como á la luz de un relámpago, una joven y encantadora criatura de largos y negros cabellos, con los párpados caidos y las megillas teñidas del rosa mas vivo.

Se cerró la puerta desapareciendo la vision.

La reunion de las mujeres con nosotros fué la señal de una escena de tumulto que nunca habia observado.

Todas, ricas y pobres, viejas y jóvenes, feas y bonitas, empezaron á cantar y gritar á un tiempo; mientras los hombres se entregaban á una danza verdaderamente salvaje, hiriendo el suelo con los talones, dando alaridos y descargando los fusiles á cada momento.

A esto llaman los drusos *danza de locos y poseidos*.

Así es como terminan las fiestas de sus casamientos. Creyendo que los diablos rondan la casa de los novios, buscando ocasion de penetrar en ella para oponerse á su dicha presente y comprometer su porvenir por medio de todos los maleficios y brujerías posibles, les ahuyentan y alejan con los disparos y lamentos. Si la primera noche pasa sin desgracia alguna, es para los nuevos esposos augurio de una larga serie de felicidades.

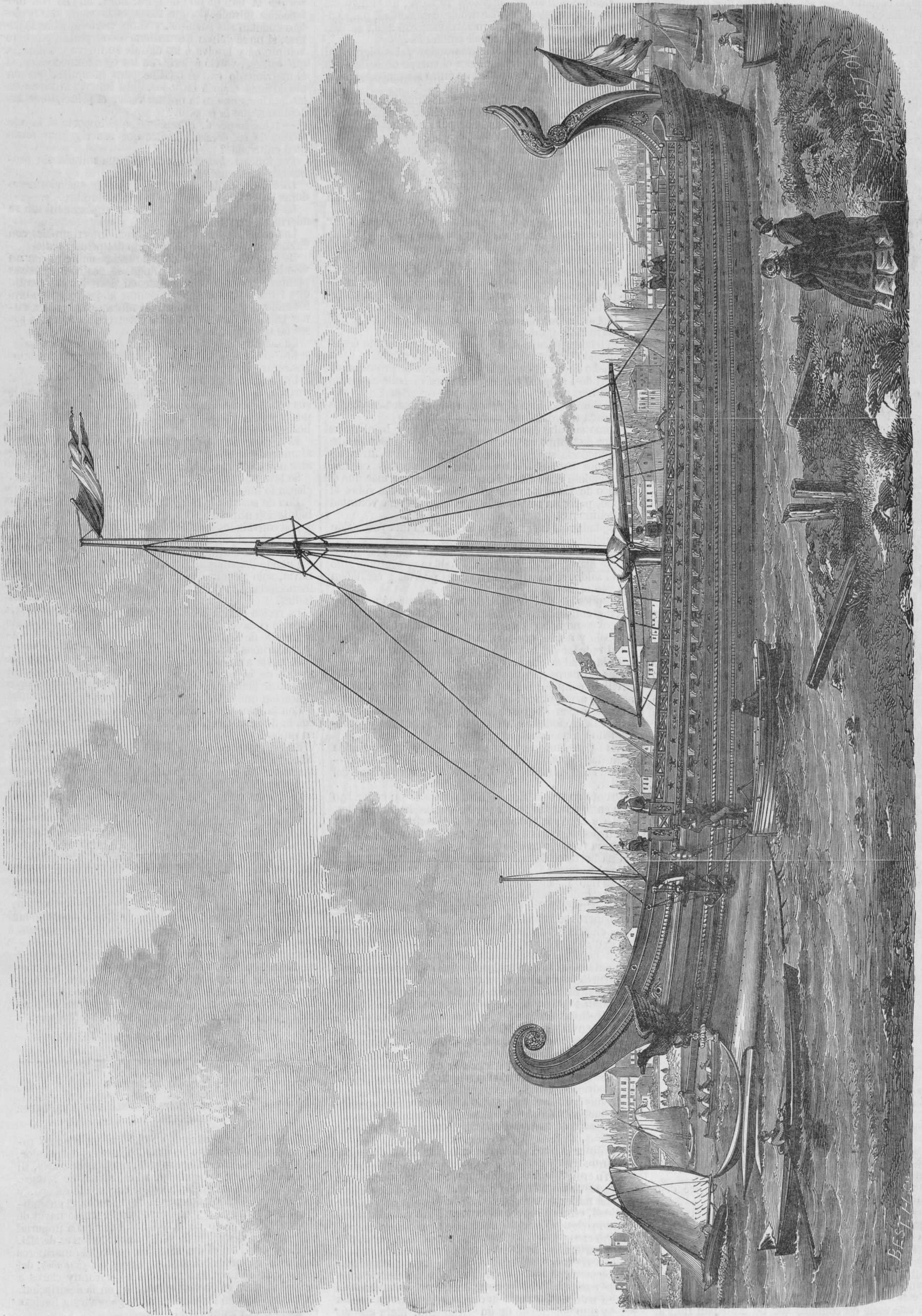
BRUNO DEL BARCO.

Tirremo romano

CONSTRUIDO SEGUN LAS INSTRUCCIONES DEL EMPERADOR NAPOLEON III.

Acaba de botarse al agua en el Sena un tirremo romano construido segun las instrucciones del emperador, y en el cual no falta ninguna cosa, ni el *catastromma*, ni la vela latina, ni las *epotides*, ni el espolon de bronce. Los bordes están pintados de color encarnado oscuro, y llevan ornatos dibujados por M. Morel Fatio, el entendido pintor de marina y conservador del Museo naval de Paris. En el centro de la proa está el águila imperial con las alas desplegadas. — La construccion es de MM. Gonin y Caré. En el dia se están esperando marineros de Cherburgo para ocupar los bancos del *thalamos*, del *zygos* y del *thranos*. Los nombres no son muy claros á la verdad, pero es preciso emplearlos en la descripcion. En cuanto lleguen los marineros, la galera irá á fondear en las aguas de Saint-Cloud.

X. F.



TRIREMO CONSTRUIDO SEGUN LAS INSTRUCCIONES DEL EMPERADOR NAPOLEON III.

que se apoderó de un diario que un criado trajo con poca oportunidad durante la cena.

— ¿Recibís con regularidad los periódicos del condado? preguntó uno.

Algunas personas parecieron acordarse entonces del ataque del *Mercurio* de Norton-Bury contra M. Halifax; y de aquí resultó un silencio embarazoso durante el cual el rostro de Ursula se puso encarnado como la grana; pero al fin acabó por contener su indignación.

— Los periódicos de la provincia suelen ofrecer mucho interés, sir Herberto; mi marido los tiene todos, sin distinción de opiniones, pues cree que no se puede juzgar sanamente del estado de un país sin oír á todos los partidos.

— Sí, como un médico debe conocer todos los síntomas de la enfermedad antes de pronunciarse sobre el estado del enfermo. Al menos así lo decía nuestro buen amigo el doctor Jessop.

— ¿Qué es eso? dijo M. Jessop el banquero, que al oír pronunciar su nombre pareció salir de una meditación durante la cual se habría dicho que no había visto nada, excepto el periódico que se encontraba entre él y mistress Halifax. Dicen ahí... ¡oh! mil perdonés, sir Herberto, añadió con voz precipitada el digno anciano, que estaba aquella noche más caviloso que de costumbre.

— Hablaba de vuestro buen hermano, tan respetado entre nosotros, respondió sir Herberto inclinándose, y que nos ha dejado un heredero digno de él.

El anciano banquero contestó al grave saludo del baron con cierta presteza nerviosa, y luego sir Herberto haciendo valer sus derechos como el mas antiguo amigo de nuestra familia, reclamó el silencio, y se dispuso á pronunciar el discurso de rigor en tales ocasiones antes de brindar á la salud del heredero de Beechwood-Hall.

Todos aplaudieron y llenaron sus copas. Sonreían, hablaban en voz baja, y todos los ojos se fijaban en el pobre Guy que se ponía de mil colores.

En aquella confusion general yo sentí que me tiraban de la manga de la levita; era el anciano banquero que tenia en la mano el periódico que acababa de llegar.

— Es la *Gaceta de Londres*, me dijo. M. Halifax la recibe tres horas antes que nosotros. ¿Puedo echar una ojeada? Se trata de un asunto importante para mí. Mistress Halifax lo permite, ¿no es cierto?

Seguramente lo habría permitido, sobre todo si hubiese visto el aire del pobre hombre, cuando sus dedos trémulos trataban de desplegar el papel sin meter ruido.

Sir Herberto se levantó, y despues de haber tosido para aclararse la voz, exclamó diciendo:

— Ladies y gentlemen, permitidme que tome la palabra como padre que soy, y como hijo de un padre cuyo nombre no recuerdo aquí mas que para expresar toda la alegría que su corazón habría sentido en este día. La estimación que sir Ralph profesaba á M. Halifax se ha transmitido y se transmitirá...

— ¡M. Jessop! ¡Mirad á M. Jessop! gritaron de repente.

El anciano se había echado atrás lanzando un gemido ahogado. Sus ojos estaban fijos y sus mejillas pálidas como las de un difunto. Pero cuando vió que todas las miradas se habían clavado en él, hizo un esfuerzo desesperado para reanimarse.

— No es nada, dijo tratando de quedarse con el diario que Ursula quería quitarle; os aseguro que no trae nada.

Pero en su agitacion que en vano trataba de disimular, se echaba de ver que había noticias y muy graves en aquella *Gaceta de Londres* que era en aquel tiempo un objeto de terror, pues en cada número se señalaba alguna desgracia.

Edwin tomó el periódico y leyó:

« M. W*** ha suspendido sus pagos. »

Ahora bien, la casa de W*** era una de las principales casas de banca de Londres, con la cual estaban en relaciones casi todas las de nuestro condado, y en particular la de M. Jessop.

La *Gaceta* corrió de mano en mano, y luego todos los concurrentes se miraron con aire consternado, pues salvo nuestra familia, no había una sola en aquella reunión á quien el golpe dejase de herir mas ó menos; mas de un padre palideció, mas de una madre vertió lágrimas, mas de un rostro que cinco minutos antes estaba iluminado por la alegría, tomó de repente una expresión de temor egoísta, al mirar el semblante de su vecino.

— Mañana habrá bulla en la banca, Jessop, dijo uno fijando su vista en el pobre banquero que continuaba sonriéndose como atontado y aseguraba á todo el mundo que no había sucedido nada.

— Ya lo creo que habrá bulla, dijo otra persona.

— ¿Qué decis de todo esto, M. Halifax?

John no había pronunciado una sola palabra hasta entonces.

Cuando vió que le interpelaba sir Herberto, alzó vivamente la cabeza, pero en lugar de dos hileras de rostros alegres no vió mas que semblantes inquietos y turbados que se miraban entre sí con desconfianza.

— M. Halifax, dijo el baron, que á pesar de su extrema urbanidad también parecía hallarse un poco inquieto, hé aquí un suceso que viene á interrumpir malamente vuestra amable hospitalidad. Supongo que cada uno de nosotros debe resignarse á sufrir alguna pérdida, pero me prometo que la vuestra no será grande.

John guardó silencio.

— ¿Pero quizá esta quiebra no os trae ningún perjuicio?

Y sir Herberto como la mayor parte de los convidados pareció esperar con impaciencia la respuesta de M. Halifax. Este, despues de vacilar un rato, dijo al fin con

un tono grave y triste, como si hubiese anunciado alguna gran desgracia:

— No, sir Herberto, no me traerá perjuicio alguno.

El baron no fué el único á quien sorprendió esta respuesta. Se oyeron algunas palabras de felicitacion, y luego se elevó un murmullo, en medio del cual parecieron olvidar la presencia del amo de la casa.

— Amigos míos, exclamó por fin sir Herberto, olvidamos lo que debemos á M. Halifax. Permitidme que os recuerde el brindis que iba á proponer. Brindo pues á la salud de M. Guy Halifax, y le deseo larga vida y muchas prosperidades.

El pobre Guy respondió á este brindis por algunas palabras que apenas fueron escuchadas; luego todos los convidados se levantaron de la mesa y principiaron á excusarse, unos, dirigiendo algunas palabras de felicitacion á M. Halifax, aunque con labios pálidos y aire distraído; y otros, mas francos ó menos corteses, despidiéndose bruscamente sin disimular esa envidia que excita á menudo la desigualdad de fortuna, y ese ciego encono que rechaza hasta la sombra de un consuelo.

John opuso á los unos y los otros una calma y una dignidad admirables; apenas pronunció una palabra. ¿Qué habría podido decir? Llenó hasta lo último sus deberes de amo de casa, y se mostró generosamente sordo á las palabras agrias que en esa misma calidad de amo de casa no habría debido oír.

Por fin se vió solo en su domicilio como un paria.

El último coche acababa de alejarse, y la familia rendida de cansancio se había retirado. Yo me encontraba solo en el gabinete de estudio; John entró y vino á apoyarse en la chimenea. Permaneció tanto tiempo inmóvil y silencioso, que yo acabé por tocarle ligeramente en el brazo.

— ¿Qué quieres, Phineas?

Vi en su mirada que los sucesos de aquella noche le habían herido en el corazón.

— ¿Estás pensando en tus amables convidados? ¡Cuán desinteresados y honrados son! Déjalos pues, no inrecen que te ocupes de ellos.

— Ni que me incomode con ellos, es verdad; respondió John sonriéndose de mi indignacion.

Pero su sonrisa era muy triste.

— ¡Ah! ¡Phineas, ahora principio á comprender lo que entienden en el mundo por la maldición inherente á la prosperidad!

IX.

Era un día de mercado; la muchedumbre se apiñaba en silencio delante de la casa del banquero Jessop en Norton-Bury. Veíanse allí personas de todas clases, desde la labradora hasta la rentera modesta, desde el obrero con su delantal hasta el gentleman que esperaba en su coche, bien seguro de que por grandes que pudieran ser las pérdidas, la suya sería de las menores.

Todo el mundo estaba muy sereno. No se oía ninguna de esas bromas que circulan ordinariamente en una muchedumbre, ninguno de esos gritos propios de una reunión semejante. Parecía que cada cual solo pensaba en sí y en sus propios negocios; todas las miradas estaban fijadas en la puerta cerrada, y en el letrero que informaba al público que la caja estaba abierta de las diez á las cuatro.

El reloj de la abadía dió los tres cuartos. Entonces hubo en la muchedumbre un ligero movimiento, se oyó por todas partes un ruido de papeles; cada cual sacaba del bolsillo sus billetes de banco y los examinaba con toda libertad sin temor de que se los quitaran; en efecto, valían muy poco para ser robados.

John y yo estábamos á poca distancia en aquel mismo sitio en que muchos años antes habíamos observado todos los movimientos de una muchedumbre animada de sentimientos muy distintos, pues enfrente de la casa del doctor se elevaba la que en otro tiempo habitó mi anciano padre.

El cumpleaños de Guy había caído en sábado. El lunes por la mañana muy temprano salimos para Norton-Bury; John no me había dado las razones de este viaje, pero no era difícil adivinarlas.

Parecía tomar un vivo interés en lo que pasaba en su derredor; la vista de aquella muchedumbre tan pacífica, tan pacífica y compuesta en gran parte de mujeres, le producía una impresion profunda.

— Así me lo temía, me dijo; ¡la banca de Jessop está en relaciones con tantas personas y ha emitido tantos billetes! Apenas puede reembolsar la mitad sin previo aviso. Si las demandas son muy numerosas, se hallará en la necesidad de suspender sus pagos hoy mismo, y Dios sabe lo que sufrirá el pobre pueblo.

Y las miradas de John recorrían aquella muchedumbre de rostros inquietos y lívidos por el frio que hacía. Por fin dieron las diez, y á la última campanada sucedió un silencio profundo.

La puerta no se abrió; no se oyó el mas ligero ruido de cerrojos, no asomó la cara de ningún dependiente; habriase dicho que la casa estaba vacía, abandonada.

Pasaron cinco minutos, y entonces se oyeron murmullos entre la multitud. Dos ó tres hombres agitaron el aldabon de la puerta, y algunas mujeres asustadas y estrechadas por el gentío comenzaron á gritar.

John no pudo contenerse mas tiempo.

— Ven conmigo, me dijo; es menester que vea á M. Jessop. Podemos entrar por la puerta del jardín.

Era una puertecilla falsa que estaba en la esquina de la calle; bien la conocíamos en otro tiempo cuando íbamos á tomar el té en casa de Mrs. Jessop, y la hallába-

mos en el jardín ocupada con Ursula en regar las flores y en cortar los rosales.

Entramos en la sala, en aquella misma sala donde había ocurrido cierto suceso memorable de mi vida y de la de Ursula. Al pasar por la puerta de vidrieras, me pareció ver á la jóven que había visto sentada con la cabeza baja sobre su labor. ¡Hacia mas de veinte años que había pasado todo esto!

Pero el aspecto de aquella pieza estaba muy cambiado, y era á la sazón bien triste y sombrío. El único objeto que le alegraba un poco era una hermosa lumbre de carbon de piedra que ardia en la chimenea. Delante de esta lumbre y cerca de un almuerzo que no había probado, estaba sentado M. Jessop, con los codos apoyados en las rodillas, — la imágen perfecta de la desesperacion.

— M. Jessop, mi querido amigo.

— No, no tengo un solo amigo... uno tendré dentro de poco rato. ¡Ah! ¿sois vos, M. Halifax? ¿teneis cuentas conmigo? ¿debo reembolsaros algun billete?

John apoyó una mano en el hombro de M. Jessop, y le repitió que venia á verle en calidad de amigo.

— No sois el primer amigo á quien he visto hoy. Ya pensaba que me dispensarian el honor de venir á visitarme muy temprano, añadió el pobre banquero con una sonrisa. Sir Herberto y otros me están esperando arriba; el pez mayor debe llevarse el primer bocado.... como ya sabeis.

— En efecto lo sé, repuso John con aire sombrío.

— Escuchad pues, van á derribar mi puerta; habladles, M. Halifax, decíles que soy un anciano, que siempre he sido honrado... siempre. Si quieren darme algunos dias... ¡escuchad!... ¡Santo Dios!... ¿desean matarme?

El anciano temblaba.

— Tranquilizaos, le dijo, y tened confianza en mí para ponerme al corriente.

El banquero se calmó algun tanto, y dió á John todas las noticias que este podía desear. Por grande que fuese la pérdida que le causaba la quiebra de Londres, sin embargo, no implicaba su ruina. Podía pagar á todos sus clientes, si estos consentían en darle tiempo bastante para hacerse con los fondos necesarios.

— Pero no quieren... van á caer todos sobre mí... ¡Es horrible!... ¡Y decir que podría pagarlo todo si me diesen no mas de una semana!... Ya están otra vez en la puerta... M. Halifax, en nombre del cielo, tratad de apaciguarlos.

— Sí; pero ante todo decidme qué cantidad habriais menester para hacer frente durante algunos dias.

El anciano reflexionó un momento y luego indicó la suma, que creo se elevaba á tres ó cuatro mil libras esterlinas.

— Muy bien: tengo un proyecto... pero esos infelices que esperan á la puerta... Gracias á Dios, soy rico y todos lo saben. Phineas, dame ese tintero.

Y se sentó y se puso á escribir.

Un instante despues un dependiente recibió un aviso para que le fijara en la ventana, en el cual se decía que la caja abriria á la una *sin falta*; el aviso estaba firmado por Jessop y John Halifax.

Los gritos que al punto resonaron fuera vinieron á probar la avidez con que cada cual había acogido esta sombra de esperanza, y sobre todo el crédito del nombre de M. Halifax, cuya palabra equivalia á una obligacion firmada.

El banquero comenzó á respirar mas libremente, pero este desahogo no fué largo; las personas que le esperaban en el piso superior le suplicaban que subiera.

— Yo subiré, dijo M. Halifax respondiendo así á la mirada inquieta que le clavó el anciano; ¿teneis confianza en mí para arreglar este asunto?

M. Jessop se confundió en protestas de gratitud.

— No, repuso John; yo soy mas bien quien debería hablar de gratitud cuando me hallo en esta casa y me acuerdo...

Y sus ojos se fijaron en los dos retratos del buen doctor y de su esposa, que colocados uno enfrente de otro parecían sonreírle mutuamente.

El anciano lloraba de ternura.

John subió y volvió á bajar al cabo de media hora con el rostro animado y risueño.

— Voy á Coltham, me dijo, y estaré de vuelta dentro de una hora ó dos; ¿quieres esperarme?

— ¿Está arreglado todo? le pregunté.

— Aun no; pero creo que pronto lo estará; no tengo tiempo para dar explicaciones. Adios.

Como yo entendia muy poco de negocios, me era imposible ofrecerme á M. Jessop; así es que me fui á pasear por el jardín.

Una escarcha espesa cubria el follaje de los arbustos verdes y los brazos secos de los antiguos rosales favoritos de M. Jessop, los mismos que veia aquella tarde cuando sentado cerca de Ursula, la había dicho que John Halifax era demasiado noble para dejarle morir por una mujer.

No, había vivido para ella; había merecido y obtenido su amor. Y mi corazón se regocijaba con la idea de que la Providencia se había valido de mí en cierto modo para asegurar á mi amigo el bien mas grande que un hombre puede poseer, una esposa virtuosa y buena.

(Se continuará.)

El nuevo puente del Rhin.

Ya hemos dado cuenta á nuestros lectores de la marcha de las grandes obras del puente del Rhin situado

en la línea que debe poner en comunicacion el embarcadero de Estrasburgo con el de Kehl. Los dibujos y artículos que hemos publicado sobre esta gran empresa hacen oportunos los siguientes detalles sobre las primeras experiencias de carga y de traccion que acaban de tener lugar y que han salido perfectamente.

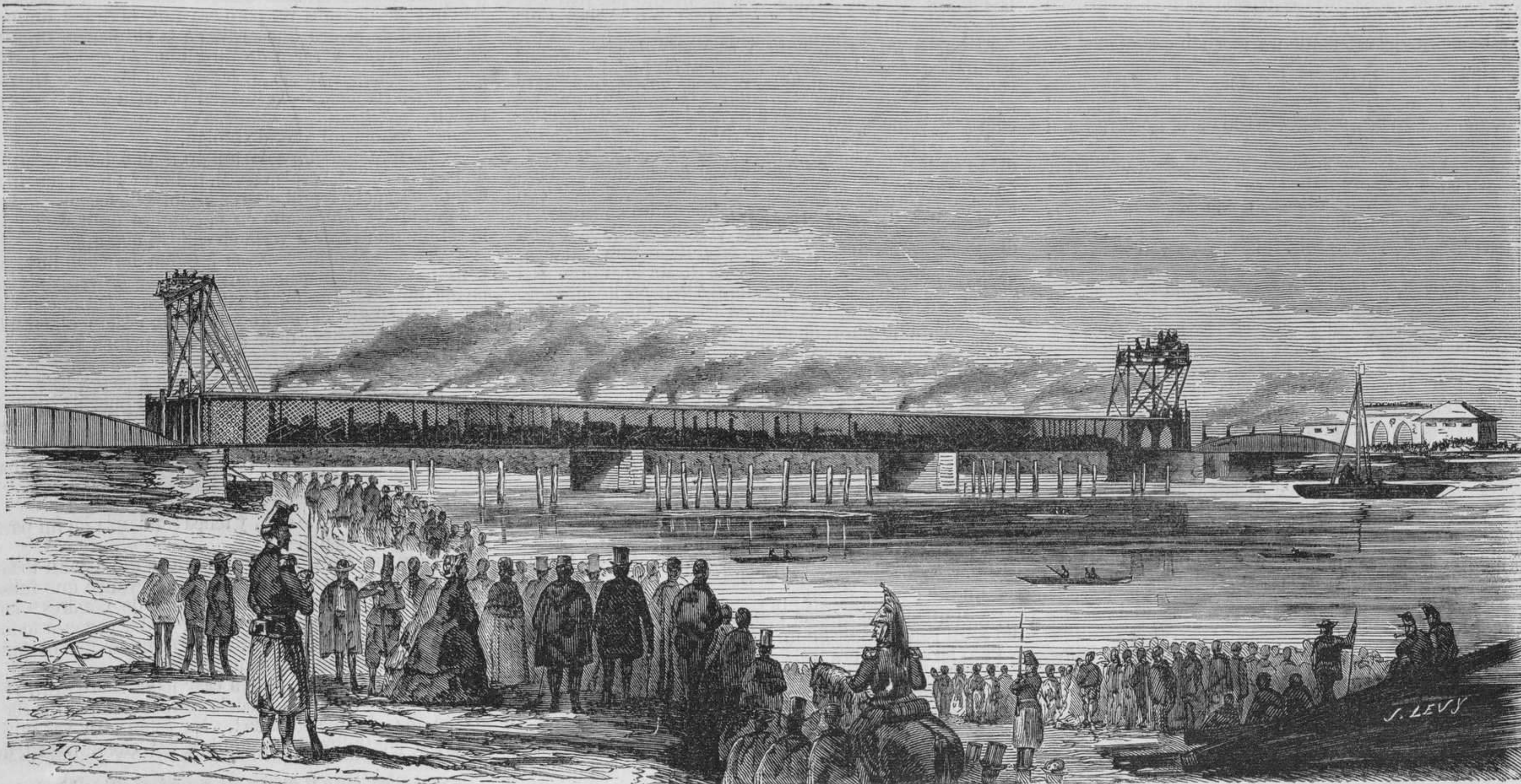
Sabido es que segun los términos de las condiciones aceptadas por la compañía del Este y la administracion

badense, esta había tomado á su cargo la construccion de la superestructura (tablero metálico y travesaños móviles.) Por esta razon las esuelas de convite para las experiencias emanaban de M. Baer, director de puentes y calzadas del gran ducado de Baden, y estaban dirigidas á los ingenieros de ambos gobiernos y á los empleados superiores de la compañía del Este.

Una multitud de curiosos que habian llegado de Es-

trasburgo y de Kehl, guarnecian las cabezas del puente en las dos orillas. La mayor parte de este público habia asistido á las diferentes fases de esta admirable obra, ó habia trabajado en ella; por consiguiente, el espectáculo era doblemente interesante.

La primera maniobra ejecutada puso en movimiento los dos puentes postizos. Cada una de estas masas obedió á la accion de ocho hombres y luego de cuatro



EL NUEVO PUENTE DEL RHIN. — PRUEBA DE CARGA Y DE TRACCION.

En fin, cuatro brazos bastaron para hacer mover un peso de 350,000 kilogramos. Una vez colocados en su lugar los dos puentes, se procedió á las pruebas de carga y de traccion sobre la via.

Primero un convoy completo de cinco locomotoras con sus tenders, atravesó lentamente la via y vino á estacionar sobre el primer arco fijo (lado francés.) El peso total de estas masas se calcula en 175,000 kilogramos. Otro tren compuesto de 15 carros cargados tomó la otra via y se coloco sobre el arco del centro.

Luego diez locomotoras, cinco por cada via, marcharon de frente parándose en distintos puntos; y durante su marcha los ingenieros observaban y anotaban las diferentes flexiones del tablero.

Despues de estas pruebas M. Baer reunió á todos sus convidados en un banquete, en el cual los representantes de entrambas nacionalidades se prodigaron las señales de la mas ardiente simpatia.

M. Baer habló en nombre de la administracion badense, y M. Perdonnet respondió como administrador de la compañía del Este.

Se habria deseado que á consecuencia de esta reunion se hubiese fijado el dia de la inauguracion definitiva; pero parece ser que nada hay resuelto aun sobre este punto. — Se habló del mes de abril, si bien hay otros que piensan que esa magnífica obra no se podrá inaugurar hasta el mes de mayo.

agentes físicos que le rodean, mucho mas lisonjero debe ser para su orgullo el imperio que ha adquirido sobre los animales, sus competidores, sus enemigos naturales, cuyas formas, propiedades y hasta los instintos ha modificado en su provecho. Las tentativas de domesticacion y de aclimatacion hechas con varios animales debieron dar margen á pensar mas de una vez porqué no se trataba igualmente de naturalizar y de domesticar á los animales acuáticos; cómo no se ideaba el modo de favorecer y regularizar hasta cierto punto la multiplicacion de ciertas especies; si la educacion no podria na-

nados en el espacio y entregados á la agitacion de las aguas, se fecundan cuando pasa el macho sobre los puntos que ocupan los huevos. Pero ¿cómo se efectua la cria de los pececillos recién nacidos, cómo se ponen al abrigo de los peligros que les rodean, y se sustraen á la avidez de sus numerosos enemigos? A estas preguntas será muy difícil responder antes que el acaso y mil circunstancias diferentes hayan permitido á los naturalistas estudiar las cuestiones que envuelven, cuestiones que inmediatamente irán seguidas de esta: ¿Hasta qué punto puede el hombre favorecer la reproduccion de los

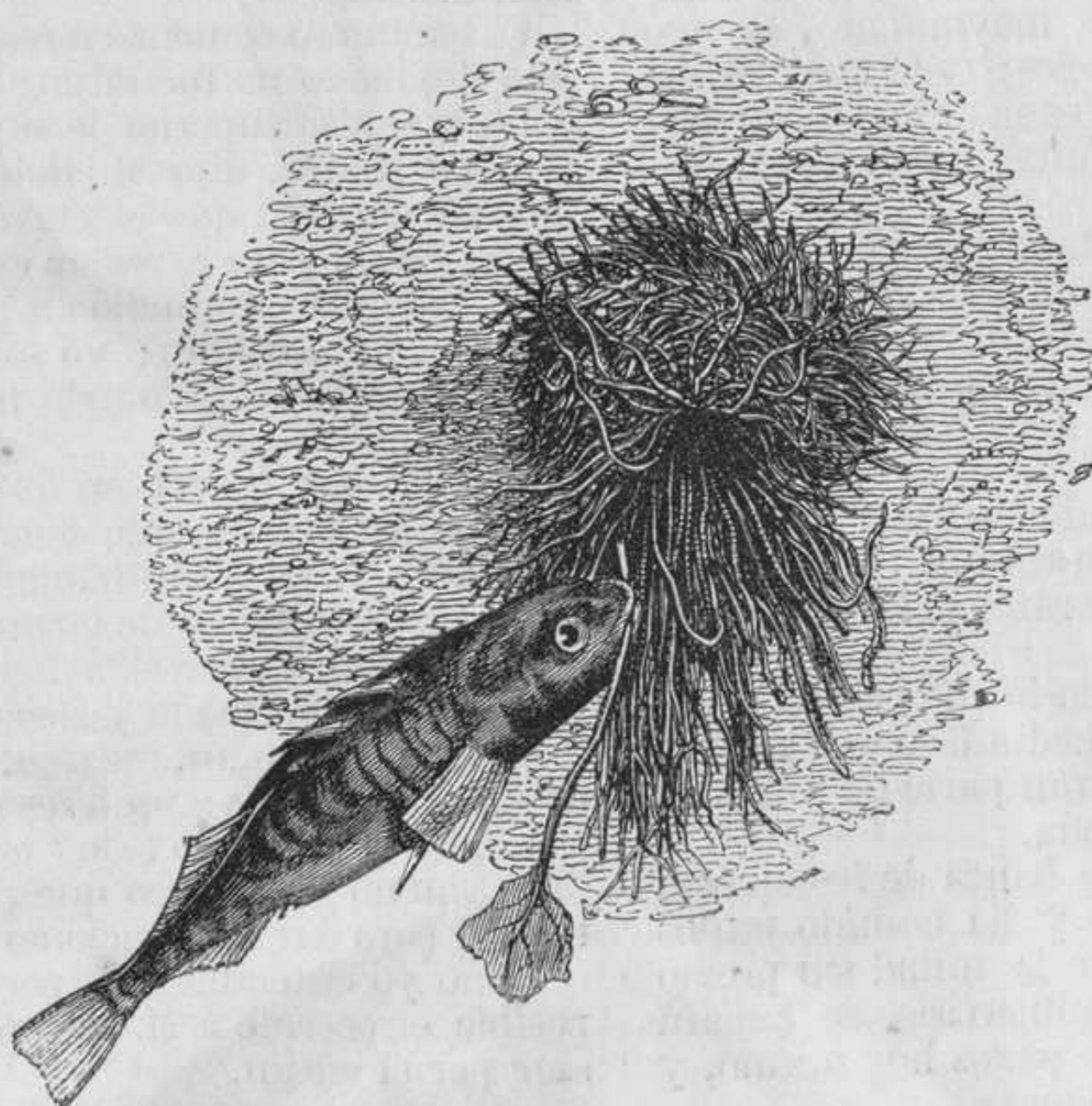
animales acuáticos, y qué frutos puede sacar la sociedad de semejante industria?

Algunos naturalistas prosiguen con actividad este interesante estudio, y la prueba la tenemos en las curiosas observaciones de M. Coste, de que vamos á tratar aqui, sobre un pez bastante conocido de la especie mas menuda, y cuyas costumbres, ignoradas hasta hace poco, nos parecen dignas del mas vivo interés.

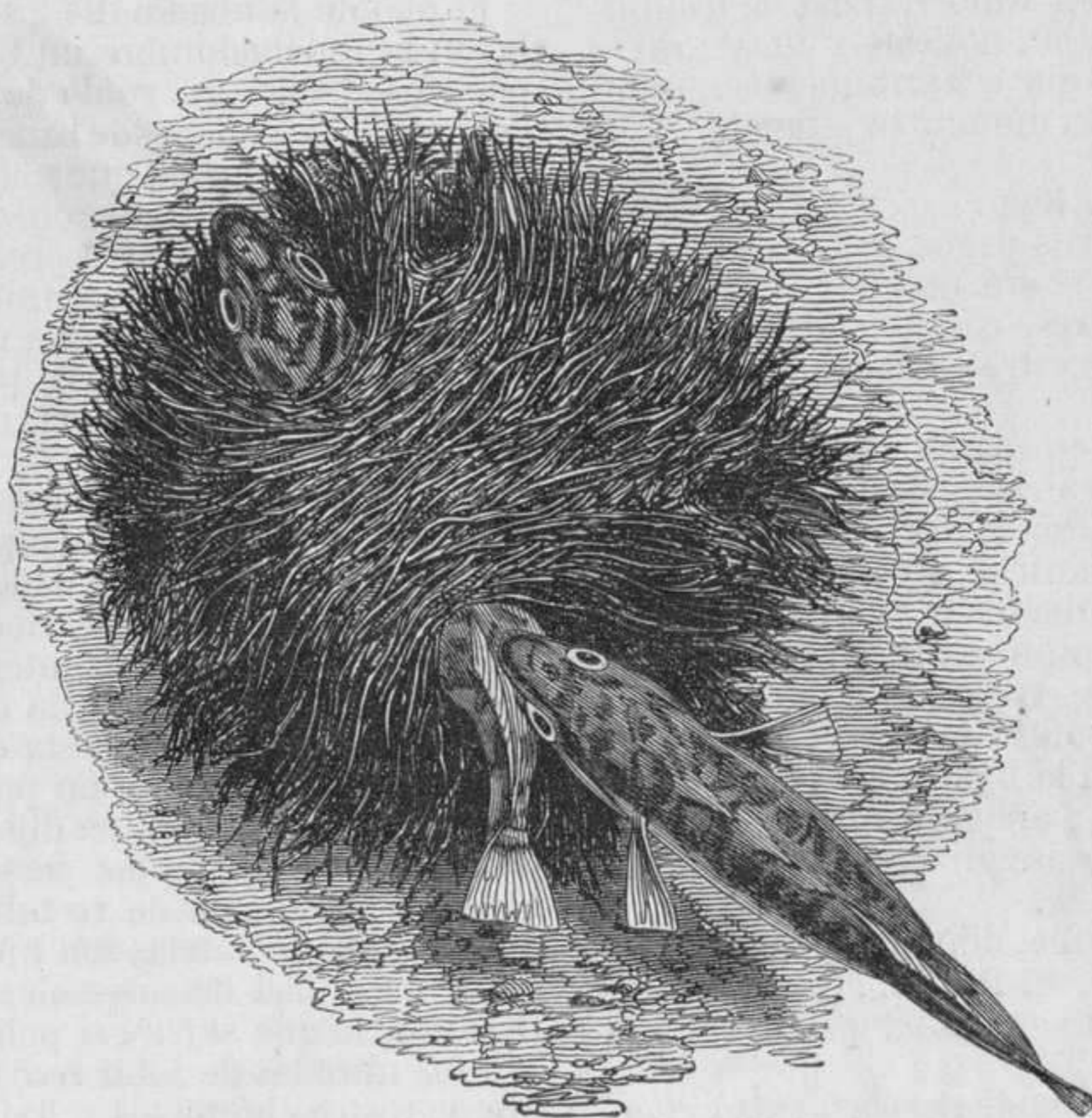
M. Coste ha dado á luz una Memoria muy notable sobre la nidificacion de las espinolas y espinoletas, pececillos diminutos que pueblan los arroyos y los rios, y que se reconocen fácilmente por las espinas que tienen encima. De esta Memoria vamos á tomar los hechos mas notables, acompañándolos con

algunas figuras. M. Coste ha colocado en el colegio de Francia en unos estanques circulares de dos metros de diámetro y treinta ó cuarenta centímetros de profundidad, donde habia reunido todas las condiciones materiales propias para el buen éxito de su experiencia, un crecido número de espinolas, machos y hembras, cogidos en el momento en que iban á poner los huevos. Pocos dias despues vió algunos machos elegir por residencia permanente un punto determinado del estanque, y desplegar allí una grande actividad.

Entonces observó para descubrir cuál podia ser el



ESPINOLA MACHO PONIENDO LOS PRIMEROS cimientos de su nido.



ESPINOLA MACHO AYUDANDO A UNA HEMBRA cuando pone sus huevos.

da sobre ellos, ó si la industria humana seria impotente para alcanzarlos con este fin en el seno del elemento que los oculta á nuestras investigaciones y dominio.

Preciso es confesarlo: el modo de reproduccion y de desarrollo de los animales acuáticos está todavia rodeado de misterios. Hace pocos años se ignoraba completamente cómo se reproducen las sanguijuelas, y hoy sucede lo mismo con respecto á las anguilas y otros peces. En general, se sabe que la fecundacion tiene lugar en esta clase sin cópula, y que los huevos puestos por la madre, á menudo en cantidades muy crecidas, disemi-

Reproduccion artificial de los animales acuáticos.

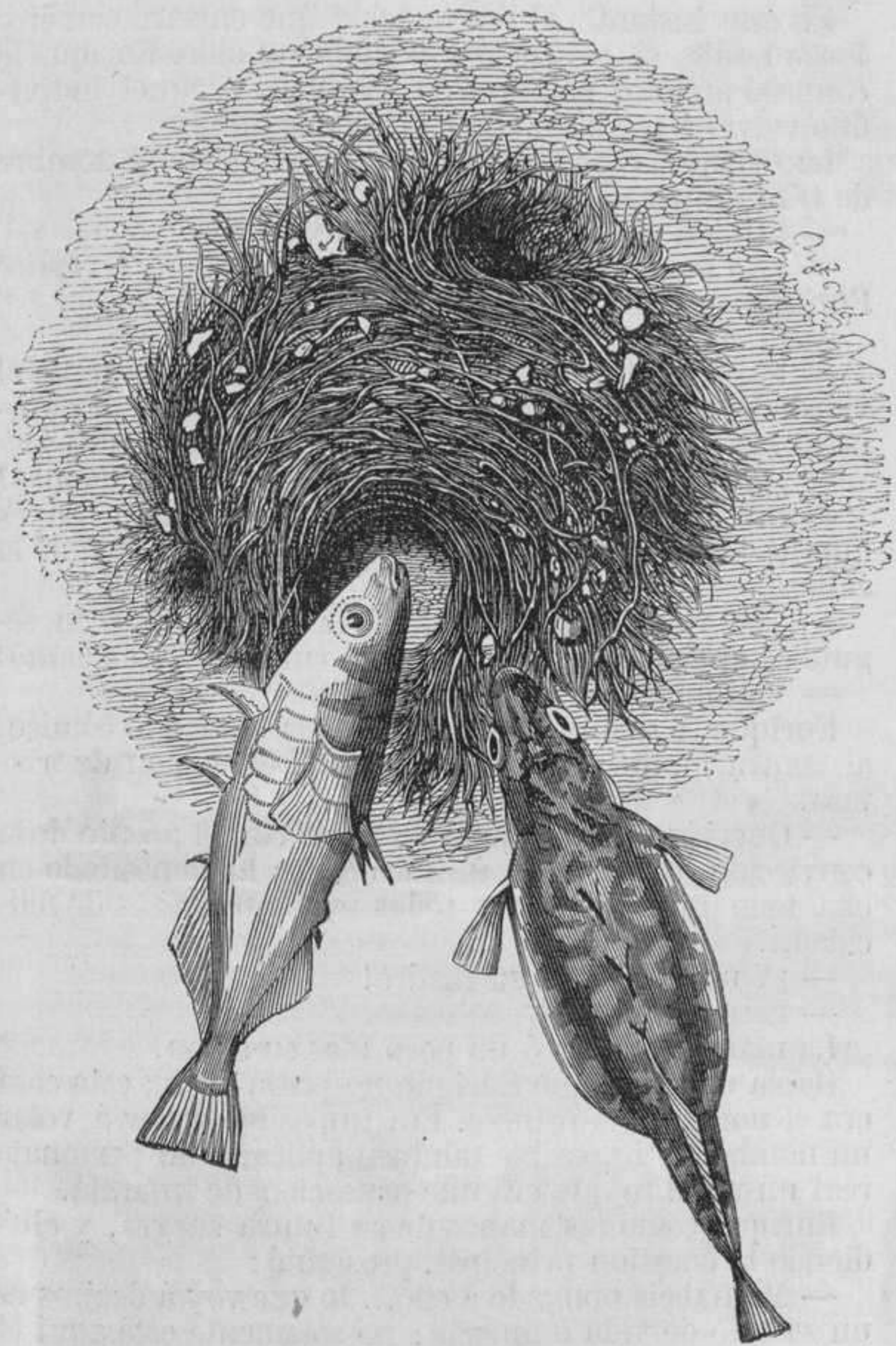
NIDIFICACION DE ESPINOLAS Y ESPINOLETAS.

Si en las luchas de su genio contra la flaqueza de su naturaleza el hombre se envanece de poder dominar los

L. L.

objeto de esa maniobra, y no tardó en reconocer que cada uno de ellos recogía materiales para una construcción á que consagraba toda su industria, y hé aquí el curioso espectáculo que presencié:

Cada uno de los machos que se dedica á esta tarea, amontona primeramente yerbecillas de toda clase, las cuales forma como una especie de alfombra; pero como los materiales que constituyen esta primera parte



ESPINOIA MACHO INDICANDO A UNA HEMBRA A PUNTO de poner sus huevos la entrada de su nido, cuya boca trata de ensanchar.

de su edificio podrian ser arrastrados por los movimientos ú oscilaciones del agua, tiene la prevision de ir á coger arena con la boca, y la deposita en el nido para obligarle á que se quede fijo. Luego, á fin de dar á todos estos elementos reunidos una cohesion que los mantenga encadenados unos á otros, aplica sobre ellos su vientre y se desliza con lentitud, como por una especie de reptacion vibratoria, enjugando así el mucus que da su piel. Resulta de aquí que los primeros materiales reunidos forman una especie de cimientó á suelo sólido, sobre el cual podrá luego elevarse el resto del edificio cuya ejecucion prosigue con perseverancia y con una agitacion febril. Para conocer si todas las partes están suficientemente unidas, agita con mucha rapidez sus aletas pectorales, á fin de producir corrientes que dirige contra el nido, y si nota que hay yerbas que se destacan, las hunde con su boca, las aprieta, las aplana y las pega de nuevo.

Llegado á este punto, elige materiales mas sólidos. Toma unas veces raices, otras pajillas que coge con la boca y que fija en el espesor ó coloca en la superficie de su construcción. Si juzga que la posicion que las da no llena suficientemente el objeto, las retira, las coge por otro lado, las vuelve y las mete hasta que las arregla del mejor modo posible, concluyendo por hacerse así una cama sólida, cuyos diversos elementos tiene buen cuidado de pegar de la manera que hemos dicho. Las pajillas y las raices con que forma la cavidad del hoyo que ya presenta su nido en ese grado de construcción, están siempre colocadas en el sentido longitudinal de modo que una de sus extremidades corresponderá mas tarde á la entrada y la otra á la salida de su domicilio.

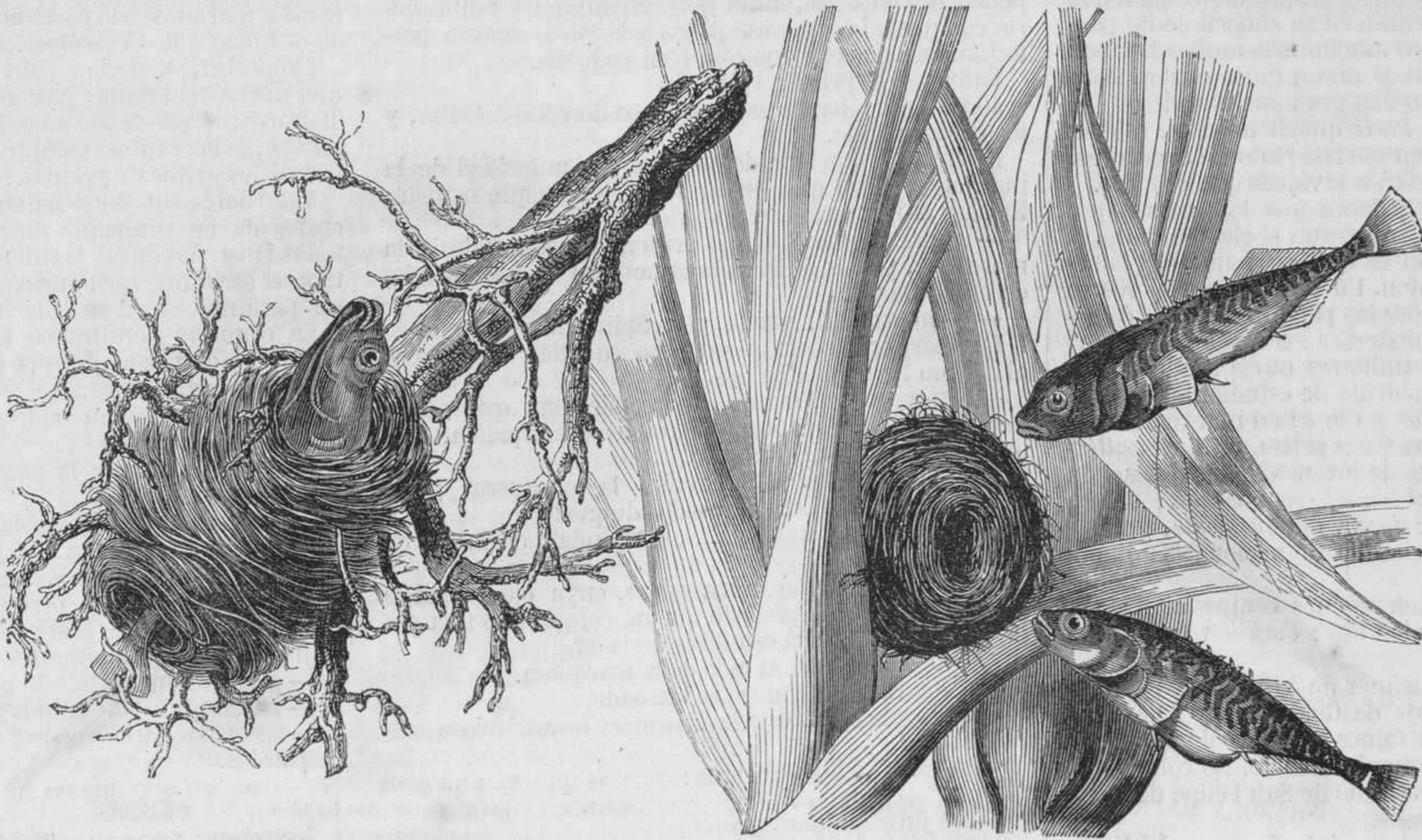
Quando ha logrado construir el suelo y las paredes

laterales de su edificio, se ocupa en organizar la techumbre. Mientras prosigue el cumplimiento de su tarea con un ardor creciente, trabaja sin cesar en su consolidacion, y para dársela se entrega sin descanso á la maniobra de la reptacion vibratoria, por medio de la cual pega los diferentes elementos de que su nido se compone. Al mismo tiempo se aplica á dar á su construcción una disposicion adecuada á su destino. Por último, reserva una abertura, circunscrita con mucha regularidad, y por ella mete á menudo su cabeza y una gran parte de su cuerpo, á fin de apartar las paredes y de mantener la cavidad exterior del nido bastante dilatada para que la hembra pueda entrar y poner los huevos que él debe proteger ardentemente.

El nido compuesto de este modo forma una bóveda redonda, de unos diez centímetros de diámetro que aparece en el fondo del estanque como un montoncillo circular. Cada una de estas bóvedas cuyas paredes están construidas tan hábilmente como las del nido de la golondrina, ofrece sobre un punto de su circunferencia una abertura que conduce á la cavidad preparada para recibir los huevos; pero en breve se nota otra en el punto diametralmente opuesto. Por lo regular es la hembra, que lanzándose fuera del nido despues de poner los huevos, perfora el lado opuesto á fin de abrirse un paso; en las espinolitas es siempre el macho quien se encarga de esto.

Si las espinolas construyen su nido sobre el fango y en sitios donde es fácil verlos, las espinolitas por el contrario los cuegan de las hojas ó de las ramas que están á su alcance, y los ocultan todo lo que pueden. El macho va á buscar con su boca cierta cantidad de yerbas, las amontona en el lugar que ha elegido, las liga en los puntos que han de servir de sosten, y cuando estos materiales reunidos forman una masa suficiente, mete su cuerpo en su espesor y se envuelve allí como en una funda; luego atraviesa lentamente esta funda ejecutando sobre su eje un movimiento de rotacion por sacudimientos. A medida que va adelantando, las yerbas que le envuelven, ligadas por el roce de su cuerpo, se enroscan en su derredor en fibras circulares, y el nido viene á tomar así la forma de un manguito. Es probable que esta disposicion en fibras anilladas es producida por las espinas, que erigiéndose á lo largo del espinazo del animal obran circularmente sobre los tallos de las yerbas como los dientes de las máquinas que se emplean para cardar lana. Repite esta maniobra cuantas veces le parece necesario para la confeccion regular de su nido y el afianzamiento de los materiales que forman sus paredes, y luego va á buscar á la hembra para que ponga los huevos.

Estando bastante adelantada la construcción del nido para recibir los huevos, el macho se lanza muy agitado en medio del grupo de las hembras dispuestas á poner, para fijar la atencion de una de ellas y ofrecerla un asilo para su progenitura. Fácilmente se hace distinguir, pues lleva la rica librea de los amores y se engalana con los colores mas vivos; sus megillas y su faz ventral han perdido su blancura ordinaria para cubrirse de un color de fuego, un anaranjado vivo ó un encarnado aurora; su espinazo, ordinariamente gris, pasa por todos los matices del verde, el azul y el plateado.



ESPINOLETA MACHO EJECUTANDO EN SU NIDO UN movimiento de rotacion sobre su eje á fin de arreglar circularmente los materiales.

ESPINOLETA HEMBRA DISPUESTA A PENETRAR EN SU nido para poner sus huevos.

Así en cuanto la hembra le distingue se apresura á demostrarle con coqueterías que está pronta á seguirle. El macho, advertido por los signos animados de ese misterioso lenguaje, se precipita hácia su nido para indicarle el camino, mete su cabeza por la abertura que ensancha á fin de facilitar la entrada, y cede el puesto á la hembra que se apresura á responder á la invitacion. La hembra penetra pues en el nido, y en él permanece

dos ó tres minutos, durante los cuales sus movimientos convulsivos indican los esfuerzos que hace para poner los huevos; luego se lanza pálida y descolorida, despues de haber atravesado el nido de parte á parte, y no parece ocuparse mas de la suerte de la generacion que acaba de depositar en el nido. Por el contrario, el macho cuya coloracion movible y animados movimientos demuestran una agitacion suma, entra en el nido por la



ESPINOIA MACHO GUARDANDO SU NIDO Y PRODUCIENDO corrientes por medio de sus aletas pectorales.

misma via que ha seguido la hembra, se desliza sobre los huevos, y despues de haber salido por la segunda abertura, la tapa cuidadosamente.

El macho se queda así de único guardian de aquel precioso depósito, pues no solamente las hembras no los cuidan mas, sino que se convierten en terribles enemigas, y tratan de invadir el nido para satisfacer con sus propios huevos su apetito feroz. Difícil y empeñada es para el macho la tarea de defenderlos contra las tenta-

tivas de la hambrienta madre, sobre todo, cuando durante todo un mes tiene que suministrar á los huevos que protege todas las condiciones necesarias para favorecer su nacimiento y cuidar de la cria de su numerosa familia. Principia por fortificar su nido cubriéndole de piedras cuyo volumen es á veces igual al de la mitad de su cuerpo, y que parece imposible pueda trasportar si no se le ha visto hacerlo. Despues de haber cerrado la segunda abertura de su nido, se ocupa constantemente de dirigir al interior por la entrada que sigue abierta, y á beneficio de sus aletas pectorales, corrientes que tienen por objeto lavar los huevos é impedir la formacion en su superficie de los bisos que paralizarian su desarrollo. Esto no le impide hacer una guerra continua á todas las espinolas que se acercan á su nido, pegándolas con su hocico, amenazándolas con sus espinas y aun

recurriendo á la astucia cuando toda resistencia seria inútil con un enemigo demasiado formidable. A veces ve que se reúnen muchas contra él, y entonces finje alejarse de los huevos y comienza á moverse como un pez que persigue una presa; las espinolas arrastradas por la esperanza de arrebatársela se dispersan y renuncian, al menos por aquella vez, á consumir su acto de expoliacion.

Cuando al cabo de diez ó doce días de fatigas y de cuidados han nacido los pececillos, es preciso que los proteja aun contra la avidez de sus enemigos. El macho protector se consagra á esta nueva función y la desempeña con una vigilancia minuciosa; no permite á ninguno de los recién nacidos que salven los límites de su nido; y si alguno de ellos lo hace, le coge al punto en su boca y le vuelve á llevar á su domicilio; la gallina no cria á sus polluelos con un celo mas inteligente. A medida que la familia crece, necesita mas espacio, y la vigilancia del macho se hace mas activa. Se le ve ir y venir sin cesar como el perro de un pastor recogiendo las ovejas que se extravían, y dispuesto á defenderlas contra todos los ataques.

Al cabo de quince ó veinte días, los pececillos han crecido bastante para que puedan atender á su propia conservación, y el padre los abandona; pero ¡cosa sorprendente! este animal que durante el resto del año se distingue por su voracidad, vive en una abstinencia casi completa mientras se ocupa en construir su nido, en cuidar los huevos y criar á los pececillos.

De estos interesantes pormenores se puede sacar en conclusion, que el estudio de las costumbres de ciertos peces denota en estos animales un grado de inteligencia bien superior al que se les concede generalmente. Es probable que las espinolas no son las únicas especies que construyen un nido propio para recibir los huevos y ponerlos al abrigo; pero lo que hay de notable sobre todo, es que contrariamente á los hábitos generales de los animales vertebrados, aquí no son las hembras sino los machos solos quienes construyen el nido, cuidan de los huevos, protegen á los recién nacidos, y se entregan á esas árduas funciones con un valor y una abnegacion que en los demás tipos de la misma clase, parecen el atributo y el honor exclusivo de las hembras.

P. — A. C.

LOS AVENTUREROS.

(Continuacion.)

Los que no sabian la historia se la hacian contar. Muchos eran los que dudaban de esas aventuras fabulosas, pero habia en ellas una circunstancia que sorprendia á todo el mundo. Era el anuncio de la salida de Rosen de Baltimore para venir á buscar á su enemigo á Paris. Un duelo americano en el departamento del Sena, uno de esos combates salvajes cuya relacion nos causa siempre admiracion, verificado en el bosque de Boulogne ó en la llanura de Saint-Denis; esto, á mas de ser curioso, parecia casi imposible, aunque no del todo.

¿Qué podria hacerse para verlo?

Si Rosen y su adversario solicitaran permiso del prefecto de policia y fijasen anuncios en las esquinas, sabe Dios que *todo Paris* concurriria á ese nuevo espectáculo de un duelo á carabina con mucho mas gusto que al pesado *steep-chase* de la Cruz de Berny.

Garantimos tres mil carruajes incluso mil quinientos coches de alquiler y una gran cantidad de otros vehículos á cualquiera que intente emprender esta honrosa especulacion.

Todos buscaban al vizconde Enrique de Villiers que se habia hecho célebre á causa de su conocimiento particular en este asunto. Pero mucho mas aun anhelaban ver á Jorge Leslie, personaje algun tanto misterioso y que excitaba por lo mismo una gran curiosidad.

La noble parte de *todo Paris* que llenaba los salones de la embajada se perdia en ese laberinto de aventuras. La política y la bolsa quedaron olvidadas en este día.

Sabido es que hay una palabra que domina siempre en una multitud, la cual varia segun el elemento que la compone: esta palabra no es otra cosa que el pensamiento mismo de la reunion. Un corrillo de viajeros de comercio pronuncia siempre las palabras *artículo ó ruina*; una bandada de cómicos dice: *creacion ó contrata*; en una mesa redonda de militares oireis siempre: *oficial, permutar*; en una cuadrilla de estudiantes descuellan las palabras *pipa, billar y Clara*; en una reunion de hombres graves suenan las voces *prima, crédito moviliario ó realizar*; en un grupo de jóvenes lindas descuellan los nombres *Alejandria, el conde, conveniencias*; en un arepago de académicos: *jóven, antiguamente, y finalmente*, en un cuerpo de guardia de nacionales: *quinta mayor, mi mujer*.

Aquí, no obstante la heterogénea composicion de la reunion, la palabra de orden era: *Cuchillos de oro, Cuchillos de oro*.

Cuando el vizconde Enrique de Villiers se presentó en los salones con su traje de Golden-dagger llevando pendiente de su cintura el famoso cuchillo de oro, reinó en todas partes el mas profundo silencio. No contribuyó á ello menos el vestido de vecino de San Felipe de la Sónora que llevaba Jorge Leslie.

El vizconde presentó á Jorge á la duquesa del Valle, que permanecia sin disfraz á la entrada del segundo salon.

Todos observaron que la duquesa, pálida como una hermosa estatua de mármol, acogió al extranjero con una simple inclinacion de cabeza sin pronunciar una palabra.

Jorge se puso tambien pálido á su vez; pero un instante despues apareció en su frente un vivo encarnado. Leslie, dando la mano al vizconde, le dijo:

— Hasta luego.

Enrique se quedó solo con un personaje de aspecto chocante que le seguia detrás como un perro, y que á

pesar de la máscara que llevaba, parecia temer las miradas.

XIV.

EL VALS.

El baile se encontraba en todo su apogeo. La multitud compacta y mezclada de brillantes colores, conservaba apenas el puesto suficiente para moverse. La eleccion de trajes no podia ser mejor. Allí, una señora sin careta enseñaba algo que creia interesante.

Las feas vizcondesas en estas circunstancias tienen buen cuidado de llevar la careta bien atada.

En la tienda de naranjas del pasaje Choiseul se ven en el monton, como sucedia en el baile de la duquesa, naranjas desenmascaradas. Estas naranjas son buenas.

Los compradores, al ver la pulpa fresca y zumosa de esos bellos frutos destinados á servir de muestra, dicen: «Las naranjas que han conservado su corteza son seguramente mas frescas y tienen mas zumo que las otras.» Se escoge, se tienta el peso, se compra...

Un comprador de naranjas nos aconsejó que no nos enamorásemos nunca á través de una careta.

La atmósfera era tibia y perfumada. La luz se desprende á torrentes de doradas arañas pendientes del artesonado techo y reflejaba en los suelos que lucian como espejos.

Esta luz era arrojada á manera de rayos de fuego de todas partes por el oro movable de los adornos, por los diamantes que lucian como ascuas y por las miradas brillantes del bello sexo. Todo esto formaba un movimiento sin fin. Al ver esto se hubiese dicho un océano de terciopelo, de pedrerías y de flores ondeando al soplo de algun movimiento misterioso.

Bailábase en los dos primeros salones, en el tercero se paseaba, y en la galeria habia tambien un baile animado. Mas lejos se jugaba una partida de infierno.

Era una fiesta, pero una fiesta bella y magnífica.

¿Cuándo dejó *todo Paris* de ser bastante galante para no responder al llamamiento de una duquesa hermosa, espiritual y millonaria?

Todo Paris hace á veces el cruel con la nobleza ó las fortunas bastardas. Se dice eso. Cuando eso se dice, *todo Paris* se sacia de gozo.

A nosotros nos parece que *todo Paris* tiene gusto de príncipe y que se envilece tambien con mucha frecuencia para poder ser acusado de capricho.

Todo Paris desdeña é infama á los espúreos: hé aquí el principio.

Pero *todo Paris* frecuenta la casa del baron Pablo porque tiene mucho talento, la del baron Pedro porque es estúpido, la del conde Juan por su fausto, la del conde Bautista por su tacañería, la de Meyendorff porque es judío, la de Maraudel porque es cristiano, y la de Abd-Godard porque es musulman.

Casi no queda mas que los caballos para obtener pergaminos de nobleza.

Si *todo Paris* no ha frecuentado aun la casa del verdugo, es porque este funcionario es amante del aislamiento.

En los salones de la duquesa del Valle habia tantos personajes notables, tanta nobleza antigua y tanta gloria conquistada, que ese pobre *todo Paris* conocia perfectamente que era una cosa bien pequeña.

Bailábase el primer vals.

Jorge Leslie habia reclamado su derecho á Elena, y formaban pareja.

El vizconde Enrique detenido por la autoridad de la marquesa, tuvo que sentarse en el sitio que ocupara Elena y sufrir un interrogatorio.

— Ahora sí que os tengo prisionero, primo, decia la marquesa, y vais á decirme el nombre de ese francés, de ese Eduardo.

— Os lo prometí, prima, y cumpliré mi promesa.

La marquesa adelantó un poco su silla, lamiéndose al mismo tiempo los labios.

— Sin embargo, repuso el vizconde, hay que guardar ciertos miramientos, ciertos deberes, prima. Soy amigo del duque del Valle.

— ¡El duque del Valle! repitió la marquesa; ¿qué tiene que ver aquí el nombre del duque?

— Vais á comprenderme... un escándalo en medio de una fiesta.

— Primo, exclamó la marquesa, cuya curiosidad le causara calentura, protesto que no comprendo una palabra. ¿Qué significa eso de escándalo?

Enrique se inclinó al oído de la marquesa.

— Está aquí, murmuró el vizconde.

— ¡El francés!... dijo la marquesa levantándose casi de su silla.

— ¡Chito!... hizo Enrique: ya veis que es una cosa grave.

— Os juro que seré discreta.

— Permittedme tan solo una pregunta, prima. ¿Si fuérais la duquesa del Valle y la casualidad hubiese traído á vuestros salones á un hombre semejante?...

— Entiendo, entiendo... pero puesto que seré muda...

Enrique meneó la cabeza: su gesto y su actitud eran casi solemnes.

— No insistais, querida prima, dijo Enrique, pues tendria el sentimiento de no poderos complacer. Ni indirectamente quiero ser cómplice de lo que va á suceder aquí.

— ¿Ha de suceder alguna cosa?

— Os he dicho ya demasiado, murmuró el vizconde.

— ¡Enrique! ¡Enrique! ¡hablad en nombre del cielo!

suplicó la marquesa: en primer lugar os advierto que penetraré este misterio á pesar vuestro... O'Brien va á llegar.

— Si el general quiere instruiros, replicó el vizconde, será mucho mejor, pues al menos no me acusará la conciencia.

A pesar de que las mejillas del vizconde se habian coloreado ligeramente, su sonrisa parecia bastante tranquila.

En este instante, el desconocido que entrara con él y Jorge Leslie, se le acercó y le habló al oído. Enrique le contestó algunas palabras en voz baja, y aquel individuo volvió á perderse entre la muchedumbre.

La marquesa creyó haber oido pronunciar el nombre de O'Brien por tercera vez.

— ¿Quién es ese? preguntó la marquesa.

— ¿No habeis oido que hablaba del general? replicó Enrique.

— Sí... me ha parecido...

— El general tiene muchos amigos, dijo lentamente el vizconde; á su edad es difícil corregir las viejas costumbres... el general tiene una pasion por las aventuras.

— ¿Se encuentra el general mezclado en este asunto?

— Profeso al general una amistad verdadera, así es que he hecho todo lo posible por quitarle esa idea de la cabeza.

— ¡Me volveis loca! exclamó la marquesa. Y en seguida impulsada por un rasgo de curiosidad, exclamó:

— Vizconde, ¿no amais á mi hija!

Enrique se guardó bien de tomar la frase á lo cómico, al contrario, dió á su semblante una expresion de tristeza.

— Querida prima, dijo el vizconde con el acento de la conviccion, Elena es mi último afecto; he depositado en ella todo mi porvenir y todas mis esperanzas de felicidad...

— ¡Y no os fiais de su madre!

— Escuchadme...

La marquesa acercó un poco mas su sillón.

Habia una cosa que Enrique no podia decir; esta cosa era el nombre del francés. Era imposible echar á volar un nombre, é imposible tambien aplicar á un personaje real un nombre que era una acusacion de infamia.

Enrique cogió las manos de su futura suegra, y eludiendo la cuestion principal, prosiguió:

— Me habeis obligado á ello... lo que voy á deciros es un secreto de vida ó muerte: no solamente está aquí el que vos llamais el Francés, si que tambien su adversario...

— ¡Cómo! interrumpió la marquesa, ¡el conde Alberto de Rosen!...

Enrique se levantó.

— Espero, pronunció Enrique con acento grave, que no me hareis arrepentir de mi confianza.

El vizconde hizo un profundo saludo y se retiró.

La marquesa se quedó en ascuas.

Para la marquesa aquello no era la embajada. Era el teatro de la Puerta de San Martin; le parecia que se encontraba en la escena en medio de una de esas funciones en las cuales figuran puñales bajo de cada traje, y pistolas en todos los bolsillos. Su imaginacion se exaltaba. El drama se cernia en esa atmósfera radiante y perfumada. Bajo las máscaras descubria miradas sangrientas. La marquesa vió pasar dos ó tres veces al *Bravo* dando el brazo á la *Veneciana*...

¡Venecia! ¡Venecia! ¡oh! esta era verdaderamente una noche veneciana: pasiones feroces ocultas bajo los disfraces: el pié de las amadas pronto á resbalar en la sangre, y los cantos voluptuosos mezclados dentro de poco á los gritos de agonía...

Yago debia sin duda hallarse en algun rincón de la embajada en compañía de Shyloch y otros bribones, todos ribereños de las lagunas; la marquesa se preguntaba si seria necesario atravesar el puente de los Suspiros para regresar á su palacio...

La orquesta continuaba tocando tranquilamente su vals, pero en fiestas de esta naturaleza la música es á veces tan engañadora...

Las parejas pasaban ondeando y dando vueltas, ¡los infelices nada sabian!...

En vano los ojos de la marquesa buscaron á su hija; no pudo verla.

Elena y Jorge Leslie habian dado dos vueltas de vals sin decirse una palabra. La jóven estaba tan conmovida, que temblaba de piés á cabeza. Jorge intentó hablar en el primer descanso, pero le fué imposible. Al empezar de nuevo el vals, Leslie se llevó á Elena al salon contiguo. La jóven le preguntó:

— ¿Porqué me alejais de mi madre?

— ¿Cuántas cartas habeis recibido de miss Elena Talbot desde hace tres meses? preguntó Jorge en vez de responder.

— Hace un año que no he tenido carta suya, replicó la jóven.

— En otro tiempo ¿os habló del conde de Rosen alguna vez?

— Sí, me habia dicho: «Me aman, amo y seré feliz.»

Jorge se detuvo al extremo del segundo salon.

— Elena hablaba de vos con mucha frecuencia á su amante, dijo Jorge.

La jóven guardó silencio, y mientras que permanecia con los ojos bajos, Jorge le preguntó en voz baja:

— ¿Amais al vizconde Enrique de Villiers?

Elena sintió que se ruborizaba; pero por otra parte causábale admiracion el ver que no podia experimentar ningun sentimiento de cólera.

— ¿No respondeis? prosiguió Jorge Leslie; mi corazón me dice que Dios os ha preservado.

Elena levantó hacia Jorge sus grandes ojos azules.
— ¡Oh! sí, exclamó Leslie con entusiasmo. ¡Existen almas que son hermanas! Si Elena muriese, ¿seriais vos la madre de su hija?

— ¡Morir Elena!... tartamudeó la señorita de Boistrudan.

— Miss Talbot os pedía esto en todas sus cartas, dijo Jorge.

— ¿Entonces me ha escrito?

— Si hubiérais sufrido como Elena, consultad vuestro corazón, señorita, ¿a quién hubiérais pedido una lágrima, un consuelo?

— A Elena...

— Gracias pues por Elena, á quien llevaré vuestras lágrimas y vuestro consuelo.

La señorita de Boistrudan tenía los ojos llenos de lágrimas.

La mirada de Jorge era brillante. Su mano rodeó el talle de la joven y la condujo otra vez al medio del turbión del vals...

— ¡La última vez que la ví, dijo Leslie, estaba tan débil y tan cambiada!... ¿Os acordáis de su sonrisa?... ¡qué joven tan bella! Lo que acaba de completar del todo vuestra semejanza, es esa mirada de ángel que ambas teneis... Cuando os miro me parece que veo á Elena; á Elena en la época de su dicha...

— ¿Sabéis lo que me decía? me decía: « Nuestro corazón era uno mismo... ¡Ah! ¿porqué me ha olvidado? »

— ¡Nunca ha pasado un día que no haya pensado en ella! interrumpió la señorita de Boistrudan.

— Elena desde su lejano retiro y en medio de su angustia os pedía un consuelo... ese consuelo no llegó nunca... Por mi parte pronto adiviné la mano que levantara el obstáculo entre las dos...

— ¿Qué mano?

— Elena me decía otras veces: « Yo amaba todo lo que ella amaba... por eso he dado á mi hija su nombre querido... Cuando meditaba, me asaltaba un temor: ¡si llegásemos á ser rivales!... »

Elena quiso sonreírse, pero se vió obligada á llevar la mano á su corazón.

— Descansemos, dijo la joven.

Jorge sosteniéndola casi en sus brazos prosiguió:

— Era su pensamiento, el cual expresaba así, mientras que su cabeza se bañaba en sus hermosos cabellos blondos esparcidos por la almohada: « Puesto que tenemos un mismo corazón, amaré al que yo ame... el que me ha engañado quizá tendrá también el poder de engañarla á ella... »

— ¡Ojalá tuviésemos un mismo corazón! dijo Elena; yo no he amado nunca...

Su mirada se encontró con la de Jorge Leslie; Elena estuvo á punto de caer.

— ¡Llévame al lado de mi madre, murmuró; me siento mala!

— Y el que me amaba, prosiguió Jorge, — es Elena quien habla... « el que me amaba la amará... estoy segura de ello... me consta. »

— ¡Os suplico que me lleveis al lado de mi madre! repitió Elena.

Sus ojos se empañaban.

Jorge en vez de obedecer pasó el umbral del tercer salón. Elena era incapaz de conocer su camino.

A la entrada del salón, el duque del Valle estaba sentado al lado de su esposa; la duquesa llevaba aun la cara descubierta.

Las mujeres que han nacido bajo el sol ardiente de los trópicos son mas bellas que las de nuestro país; su belleza es de un género bien distinto, y en particular algunas que reunen en su adorable conjunto los tipos contrarios de la inglesa y de la española.

Sus ojos piensan mas poéticamente bajo el largo velo de sus pestañas.

Vese en ellas la pasión y la melancolía, la piedad austera y el sentimiento del amor: prudentes y locas, púdicas y atrevidas, unas veces alegres como la avejilla trinadora que se embriaga en la primavera, otras tristes y buscando no sé qué recuerdo de otro mundo vagamente deseado...

La duquesa del Valle estaba tan espléndidamente hermosa con su manteleta cubierta de diamantes, cuyos reflejos jugueteaban al rededor de su cuello de cisne, que se oía en torno de ella un murmullo de admiración.

El duque la contemplaba lleno de orgullo al ver que poseía aquel tesoro de hermosura.

El duque, que rayaba en los cuarenta años, era un hombre taciturno, altivo y melancólico como un español.

Cuando Jorge Leslie pasó el umbral llevando del brazo á la señorita de Boistrudan, la duquesa del Valle se estremeció. El duque inclinándose hacia ella le preguntó:

— ¿Es él?

La duquesa se inclinó en señal de afirmación.

El duque siguió con extraña mirada á la joven pareja que se alejaba.

— ¿Me habeis dicho toda la verdad, señora? repuso el duque.

Al ir la duquesa á abrir la boca para responder, del Valle la interrumpió con un gesto digno y cortés:

— No os he hecho una pregunta, dijo el duque; tengo mucha confianza en mi esposa... Amásteis cuando érais soltera y os habeis conservado pura, está bien; habeis tomado á vuestro esposo por confesor, es una acción grande, vuestro esposo os da las gracias, y no pone á vuestra libertad otros límites que el honor de su nombre, que es menester conservar sin mancha á los ojos del mundo... El mundo no comprende siempre lo que

es bueno y lo que es grande... Adios, señora, os amo; esta noche no me volvereis á encontrar en vuestro camino á no ser que me necesiteis.

(Se continuará.)

Revista de la moda.

SUMARIO — Los vestidos hablan de primavera. — Las primeras novedades. — Confecciones elegantes. — Prendas de entretiempo. — Sombreros primaveriles. — De los vestidos actuales. — Un vestido Isabel. — Los vestidos mortuorios. — Dos trajes de baile. — Descripción del figurin de este número.

Los vestidos hablan ya de la primavera; los sombreros se ostentan con lilas y violetas, y si el sol es favorable á Longchamps tendremos un brillante paseo oficial de la moda durante los tres días de la semana santa, consagrados á la inauguración de las novedades de la primavera. Los colores á la orden del día son el lila y el violeta. No nos quejemos de la elección, y señalemos las primeras novedades que hemos visto.

Principiaremos por las confecciones, si bien tenemos que decir que el cachemira es siempre el rey de la primavera y del otoño.

Dos modelos se hacen notar principalmente, y son la casaca ajustada y la esclavina. — Habria debido decir tres modelos, pues el chal del tiempo de madama Recamier se halla también muy á la moda. Pasemos revista á varias confecciones escogidas.

Para las señoras que tienen un talle esbelto y fino, nada mejor que una casaca medio ajustada, con solapas y un gran volante al sesgo en forma de guarnición, coronado de terciopelo negro. Las mangas son de codo, con volante y terciopelo á lo largo de la costura.

— Un Asmodeo (paletó) con mangas orientales adornadas de gruesos botones en relieve; los brazos pasan por en medio de las mangas que caen hasta el bajo de la prenda. Este paletó va sujeto al talle con un ancho cinturón Sultana que lleva un fleco calado.

— Un paletó Walewska, sujeto al talle con cuello y solapas. Las costuras de detrás van cubiertas con un sesgo de tafetan negro respunteado de blanco y guarnecido de guipure. Mangas de codo con bocamangas que suben hasta la costura; bolsillos á los lados.

Para las señoras que no son amigas de prendas ajustadas, señalaremos estas:

— Una Sultana, especie de esclavina que parte de la escotadura con cuello de guipure. Grandes mangas orientales dan á esta confección un sello muy elegante.

— Una mantilla de tafetan negro con capucha de tafetan blanco formando berta, y por guarnición un volante de tafetan con orilla blanca y guipure.

— Una manteleta Medea de tafetan negro adornada de cintas color de violeta cubiertas de encaje negro. El adorno consiste en un gran volante de 40 centímetros por abajo, coronado con otros tres pequeños y rizados.

— Una esclavina Urania con una pieza enteramente lisa sobre los hombros y tres pequeños volantes guarnecidos de guipure, formando berta. — Este mismo adorno se repite por abajo.

— Una Gacela, especie de sobretodo formando chal con puntas cuadradas por delante. El adorno es un entredos de medallones de guipure sobre transparente de cinta gris.

— Un pañuelo cachemira negro con medallones estampados de color (de todos matices) ilustrado con otros medallones bordados al plumetis y guarnecidos de encaje ó de guipure.

En cuanto á los chales, voy á citar dos; uno de niña, de tafetan negro escotado, con puntas cuadradas, guarnecidas de pequeños volantes rizados; — y otro Recamier de tafetan negro doble bordado al plumetis y al pasado, y sembrado de una lluvia de perlitas negras. — Este chal muy largo, se guarnece con fleco ó con Chantilly.

Pasemos á las prendas de entretiempo tan cómodas y bonitas para el campo.

— Una manta Fatima de paño gris lila orlada con una ruche de paño cortado con rizado de tafetan violeta en el centro. Esta manta tiene un capuchón cuadrado, estilo árabe. Recogiéndola forma pliegues y se convierte en chal con capucha puntiaguda. — Es una prenda que recomiendo á las que tienen un bonito talle.

— Un albornoz Emir de paño gris Isabel formando pañuelo por delante y por detrás. Al borde lleva un ancho sesgo de franela punzó con filetes negros, y en cada punta una borla.

— Un Klephte de paño de fantasía con capucha árabe y mangas orientales. Por delante esta prenda cae en forma de paletó escotado.

He reservado para el fin una prenda primorosa llamada *Balancelle*, de paño gris azulado, forrada de franela azul, que parece una blusa marinera. Se hace muy corta y lleva dos bolsillos. Las mangas derechas tienen vueltas con orillo azul. El cuello tiene igual orillo.

Hé ahí pues las novedades circunstanciadas que he fotografiado para las amables lectoras del *Correo*, á fin de que se hallen al corriente de las modas lo mismo que si habitaran en París.

Entremos ahora con los sombreros.

— Una capota de crespon liso color violeta de Parma con fondo flojo y caído sobre un bavolet compuesto de dos sesgos de crespon. Al rededor del fondo hay un fleco de pluma blanca que da vuelta sobre el bavolet y que está prendido en el ala con un broche de follajes de primavera. En el interior follaje naciente con fleco de pluma blanca. Cintas violeta de Parma.

— Otra capota de niña de tul blanco hueco, con fondo de tul cubierto con un bonito fichu de volantes menudos de tafetan blanco. Sobre el fichu, lazo de tafetan blanco sosteniendo dos ramitos de yerba y florecillas campestres. Bavolet de

tul con volantes recortados. En el interior, ruche de tafetan blanco con florecillas y yerbas. Cintas blancas.

— Un sombrero de tul blanco con bullones de tafetan negro sobre el ala, lazo de tafetan negro sobre el fondo y rulos de tafetan negro en torno del casco. Bavolet de tul y encaje negro. Sobre el tafetan negro adorno de amapolas.

— Una capota de paja y tafetan. El ala es de paja de fantasía y el fondo de tafetan negro bordado á la mano con redondeles de mil colores. Bavolet de tafetan negro con barba de encaje negro sobre un ramo de rosas capuchinas. Bandó de encaje negro y de rosas. Cintas negras bordadas con los colores del tafetan.

— Por último un sombrero de crespon lila con ramo de lilas y blonda en torno del casco y del bavolet. En el interior ramo de lilas en cocas de blonda. Cintas color de lila.

¿Y los vestidos?

Se dice que están destronados los volantes, y sin embargo, se hacen muchos volantes menudos con orilla de color que se colocan al sesgo en el bajo del vestido. Tienen cuando mas 30 centímetros, al uso del primer imperio.

En cuanto á las faldas, si no tienen volantes, llevan galerías de tafetan recortado caprichosamente. He visto en casa de *Gagelin* un vestido extraño llamado Isabel, en honor de la reina de España.

El cuerpo de este vestido, que es de tafetan negro, tiene un corte que dibuja el pecho, como una chaqueta española. Es un dibujo de tréboles de tafetan violeta que produce este efecto, y se repite en cinturón de peto por delante y detrás en el bajo del cuerpo. La falda está guarnecida con un ancho sesgo de tafetan violeta que remata en trébol, con bolsillos á los lados. Las mangas son casi españolas, con hombreras, adornadas de trébol violeta. Es una novedad caprichosa que solo puede adoptar la alta aristocracia.

Los vestidos bordados están muy en boga. Las máquinas de coser, que en su mayor parte nos vienen de América, tienen un gran mérito á los ojos de la moda, pues hacen pespuntos y soutaches al minuto.

Hoy se abusa del blanco y del negro. Un vestido de moaré antiguo negro, respunteado de blanco, parece un paño mortuorio. La misma observación aplico á los sobretodos de tafetan negro respunteados de blanco. Pase por los vestidos de tul hueco con volantes de encaje negro.

Se usan mucho los vestidos de moaré rayado. Sobre la falda se ven tres hileras de pliegues orlados de encaje negro. Los dibujos menudos van á estar en favor, y los vestidos nacen con una sencill z encantadora. Mas tarde las telas ostentosas vendrán á reemplazarlos.

Mientras nos llegan los decretos de Longchamps, hé aquí aun dos prendidos de baile.

El uno es de tul blanco con bullones hasta media falda, y velo de tul blanco sembrado de una lluvia de oro, recogido con flores. Cuerpo con draperías y ramillete de lilas blancas. Mangas muy cortas con un lazo de lilas blancas sobre el hombro y que cae en velo sobre la falda. Corona de lilas blancas, montada en diadema griega, con lazo de follaje por detrás, y rama de lilas blancas caída sobre el cuello.

El otro vestido de tul malva lleva bullones con ramitos de violetas perdidos en el tul. Sobre esta primera falda caen tres túnicas, dos color de malva y una blanca, entremezcladas y recogidas en sentido opuesto con gruesas ruches de violetas de Parma que corren como el tul lo mismo que si fueran cintas. Cuerpo con draperías blancas y malva, con ruche de violetas sobre las draperías dispuestas en corazón por delante y por detrás. Mangas cortas con ramillete de violetas. Diadema de violetas con mariposa de diamantes por el lado izquierdo.

Terminemos con la descripción de nuestro figurin que representa trajes de primavera.

La joven madre, que tiene á su lado su bonita niña de cinco años, lleva un vestido de tafetan verde reseda, adornado con volantes pequeños y gruesas cocas de encaje y de tafetan recortado cerrando el vestido en forma de levita. El cuerpo tiene solapas. Las mangas se componen de dos bullones que rematan en una vuelta adornada con tres volantes menudos. Sombrero de crespon rosa con adorno de terciopelo negro y flores de primavera. Esclavina María Antonieta de tafetan negro guarnecida con un rizado. Guantes con botones por encima de la mano.

La segunda figura lleva un vestido de tafetan violeta género princesa, esto es, montado al sesgo, con gruesos pliegues que se aplastan sobre las caderas y se abren hacia el bajo de la falda. El cuerpo lleva por delante una greca de pasamanería que continúa en galería sobre la falda. Sombrero de crespon violeta, adornado de violetas y de encaje negro. Guantes de Suecia.

El último traje es de una niña de cuatro años. Su vestido de popelina azul está sembrado de perlitas azules. El cuerpo es escotado y lleva tirantes y camisolin plegado. Falda corta que deja descubierta el bajo del pantalón. Botitas grises. Sobretodo de paño ligero, gris tortola, adornado en las costuras con tafetan azul, con cuello á guisa de esclavina. Sombrero ruso de terciopelo negro con pluma blanca que arranca de lo alto y ondea por detrás en penacho. Guantes amarillos.

VIZCONDESA DE RENNEVILLE.

El mes de abril.

La palabra *abril* proviene de la palabra latina *aprilis*. Hé aquí lo que dice *Varron* acerca del mes de abril: « El segundo mes, *abril*, saca su nombre, segun *Flavius* y *Junius*, de *Vénus* (*Afrodita*); pero como yo no he leído en ninguno de nuestros antiguos libros el nombre de *Afrodita*, creo mas bien que *aprilis* proviene de *aperire* (abrir), porque la primavera lo abre todo. »

Esta explicación verosímil no es admitida por *Ovidio*. La santa ira del poeta, que se indigna contra aquellos que quieren arrebatár á *Vénus* el honor de dar su nom-



bre al mes de abril, ha inspirado hermosos versos al cantor del arte de amar.

«¡Qué no inspira envidia! Han querido ¡oh, Vénus! disputarte y arrebatarte el honor de presidir á este mes. Porque todo se abre entonces al soplo de la primavera, porque el frio que todo lo destroza, se ve desarmado en sus rigores y la tierra fecunda cria, suponen que abril ha tomado su nombre á esa expansion universal de las cosas; pero la poderosa Vénus extiende su mano sobre este mes y le reclama.....

» Por vosotros romanos, por vuestros padres los troyanos combatió Vénus, cuando el hierro de un venablo hizo á su mano delicada una herida dolorosa. Un juez troyano fué quien la proclamó la mas bella entre tres diosas; que las otras dos olviden este recuerdo.

Ninguna estacion convenia mas á Vénus que la primavera; la primavera engalana la tierra y abre el seno de la campiña; la yerba naciente de los tiernos trigos aparece á través de los surcos; la corteza de la viña, hinchada por la savia, ve que brota el boton. Una estacion tan hermosa era digna de la hermosa Vénus, y así tambien ella se aproximaba al dios que le era caro. En la primavera invita á las naves á bogar sobre las ondas de aquel mar que la dió nacimiento, y á no temer ya las amenazas del invierno.»

Ovidio canta pues el mes de abril en honor de la diosa á quien este mes se hallaba consagrado; pero esto no prueba que su nombre viene de Afrodita. Sobre este punto se contenta con decir: «Me inclinaria á creer que el nombre del mes de Vénus está tomado de la lengua griega; Vénus tomó este nombre de Afrodita de las espumas del mar.»

Pero una creencia no es una razon.

Los antiguos poetas decian: *En el abril de mi vida*; en lugar de: *En la primavera de mi vida*.

Para completar esta corta noticia sobre el mes de abril, diremos dos palabras sobre un uso francés que apenas se conserva ya en las ciudades, pero sí en los pueblos de campo. Es el *poisson d'avril* (el pez de abril). Dar á uno el *poisson d'avril*, es hacerle creer el primer dia de abril una noticia falsa, ú obligarle á dar algun paso infructuoso para burlarse de él. Hé aquí el origen que atribuyen á esta burla:

La palabra francesa *poisson* es corrupcion de *passion*, y alude indignamente á la pasion de Nuestro Señor, que tuvo lugar el 3 de abril. Como los judíos enviaron al Salvador de un tribunal á otro á guisa de burla y de insulto, se ha parodiado esta parte de la historia divina, haciendo correr de un punto á otro á una persona para darla un chasco.

Nuestra viñeta, que representa el mes de abril, es una imagen fiel de la naturaleza en este tiempo. Se prepara el trabajo; los hombres vuelven á los campos, los animales salen de sus establos, se olvida el mal tiempo; el frio se va al otro polo, la naturaleza abandona su vestido de luto para engalanarse con frescos colores. La primavera es una estacion bien cantada por los poetas de mucha imaginacion; pero el pintor que sabe apreciar la realidad, desdeña la primavera y se atiende al otoño.

Abril es un mes cálido y frio. Hasta el sol se engaña y á menudo se velan sus rayos despues de habernos abrasado. La tierra activa la vegetacion y se detiene turbada al aspecto del granizo ó del frio. Abril no tiene pues mas que esperanzas; nos promete ricas cosechas y frutas succulentas, pero aun se resiente de los hábitos helados del invierno. Las lilas, los jacintos, los tulipanes ostentan sus ricos colores; el pájaro prepara su nido, el toro rumia sobre la yerba naciente, y el pastor mira saltar los tiernos corderillos.